

BILLETE DE IDA

Montse Soler



HK

Editado por Contxi Lázaro Carrascosa y Jota Perrico

Billete de ida

Montse Soler

Título: *Billete de ida*

©2024, Montse Soler

Diseño de portada e ilustración interior: @Furiaaaaa Nùria Garcia
Traveria

Edición y corrección: Jota Perrico y Contxi Lázaro Carrascosa

Maquetación: Verónica Monroy

Ediciones HaraKiri

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Las mujeres valientes saben reír cuando luce el sol,
cuando llueve o está nublado,
porque todo tiene su gracia,
y esto es, en definitiva, la gracia de todo.

Mujeres valientes que lloran en todas partes hay.
No os extrañe, entonces, si pasan de prisa por vuestro lado.
Solo necesitan llorar para poder
continuar.

Unas palabras antes de empezar

Recuerdo la primera impresión que me causó Montse el día que la conocí. Me llamó la atención su mirada un poco triste y algo cansada. Sus ojos dejaban ver con claridad las múltiples cicatrices internas que acarrearán aquellos que no han tenido una vida fácil. Sé el esfuerzo que le supuso salir de su amado Balsareny para acudir a una cita en un lugar desconocido que escapaba a su control. Siente alergia a introducirse en zonas urbanas, lo dejó claro durante las llamadas que me hizo para confirmar que seguía el camino correcto. Temía perderse. Ahora que la conozco un poco más, puedo asegurar que Montse nunca se pierde del todo. Si en algún momento se desorienta, siempre acaba corrigiendo el rumbo.

Trabamos conocimiento previo en los grupos literarios de Facebook. Siempre leía (y sigo leyendo) sus *posts* con mucha atención y al acabarlos no podía dejar de preguntarme por qué no se atrevía a publicar. Nunca se lo había planteado.

Ya en ese primer encuentro trazó varias pinceladas de su vida, un poco a vuelapluma, pero me bastó para entender lo que me decían sus ojos. Fue una conversación muy natural, como si nos conociéramos de toda la vida cuando a duras penas habíamos cruzado un par de impresiones por wasap. Es lo bueno que tiene Montse, que te cuenta su vida y capta tu interés con una facilidad asombrosa. Muy poca gente puede alardear de eso.

Sus textos pueden parecer sencillos, pero bajo esa aparente liviandad se esconde un arma cargada, al estilo de aquella señora Dubois de *Matar un ruiseñor* que bajo su manta de ganchillo ocultaba una pistola de la Confederación. En ellos habla de su familia, de su vida en Balsareny, de sus hijos... En definitiva, de su cotidianeidad. Y lo hace con la misma ligereza de muñeca con la que perfiló pequeños episodios de su existencia durante nuestro primer encuentro. Simple, llano y absolutamente esclarecedor.

Esta antología se ha gestado a base de tesón e insistencia; de amenazarla con usar sus textos sin su permiso si ella no claudicaba para publicarlos de una vez. Sí, tanto mi compañera Contxi Lázaro Carrascosa como yo recurrimos a la «violencia» para convencer a este talento reticente. Al final, la jugada salió bien. Y la jugada se llama «Bitllet d'anada/Billete de ida».

El libro que acabáis de abrir es bilingüe. Habitualmente, Montse escribe en catalán. Yo mismo me he encargado de traducir sus textos y Contxi de pulir mi escritura. Es un trabajo a seis manos. Traducirlos ha sido un reto. He intentado adecuar el tono al de la autora, versionar expresiones catalanas intraducibles al castellano y ser fiel a su estilo. Espero haberlo hecho bien, ha sido divertido. También he llorado lo mío. No por lo que expone, sino por cómo lo expone. Su escritura es muy hermosa, poética. Cuando te quieres dar cuenta ya te ha herido el alma con la palabra adecuada, esa palabra que ni está ni se la espera y que de pronto aparece con vocación de eco. El resultado siempre es el mismo. Al acabar la lectura el sentido de sus palabras permanece en la memoria como un residuo. Esa cualidad está al alcance de muy pocos. De poquísimos. He aprendido mucho con ella, y le estoy muy agradecido.

Montse se vanagloria de leer mucho. Yo creo que lo que Montse merece es ser leída.

Las ilustraciones corren a cargo de Furiaaaa, una sensibilidad complementaria a la de la autora. Creo que forman un tándem perfecto. Hacía mucho tiempo que quería trabajar con ella y no saben lo orgulloso y feliz que me siento. ¡Otro sueño cumplido! Observen atentamente sus dibujos. Sus trabajos siempre me traen a la memoria aquel verso tan bonito de Kortatu que decía «como ves, mi guitarra no dispara, pero sé dónde apunto, aunque no veas la bala». Furiaaaa nunca da puntada sin hilo. Pero el filo de sus lápices siempre está engrasado con una buena capa de ternura.

No me extiendo más. Hay que darle el protagonismo a quien lo merece.

Disfruten de estas dos artistazas. Y si se encuentran en un momento de su vida particularmente oscuro, tómenlas de la mano. Ellas conocen el camino hacia la luz. O, al menos, lo intuyen.

Jota Perrico,
una tarde de julio de 2023

Preludio

Déjame que te cuente, lectora, lector, que conocer a Montse me ha permitido encontrar un hilo conductor transformador, me ha inspirado, me ha llenado. Acompañarla, contar con su amistad, es un regalo, como lo es el libro que tienes en las manos. Haber recorrido el camino hasta llegar a este momento en el que nos encontramos es un honor y un privilegio. Y estoy segura de que leerla te animará a seguir, a ti también, sempre endavant.

Permíteme que comparta contigo mi admiración, no solo por ella, sino también por ese otro compañero en este maravilloso viaje que hemos compartido cuajado de sentimientos, lecturas, apoyo y risas —muchas, y muy sanas—: Jota Perrico, escritor (que no juntaletas) responsable de «A la hora de los monstruos» y «Perlas de Isla Encanta». Me siento muy orgullosa de poder llamarte amigo, Jota (o Julio, que ese es su nombre), y aprovecho para darte las gracias porque, entre otras cosas, has sido tú el que ha cargado con el principal peso de editar este precioso volumen. Yo me he encargado esencialmente de recordarnos a los tres que no debíamos perder el rumbo. Sempre, endavant!

Aprendemos con todo aquello que nos sucede en este tránsito vital nuestro. Al igual que con nuestra red de protección, con nuestras lecturas o con nuestros escritos. Aprendemos compartiendo, dándolo todo y recibiendo de vuelta todo lo dado. En esta vida tenemos dos opciones: elegir ser absorbidos por las turbias tinieblas que a veces nos envuelven y fusionarnos en ellas o, por el contrario, ser luz en la oscuridad. Esta última es la filosofía del «sempre endavant» de Montse.

Llegados a este punto me voy a permitir la licencia de pedirlos lo que marcaban los epílogos de la Antigua Roma, no los prólogos: un aplauso para ella que os permita liberar emociones. Porque tened presente que la lectura de esta obra va a despertaros, os va a hacer

mirar a través del espejo de vuestros contextos, os va a arrancar de la parálisis. En definitiva: os va a permitir seguir sempre endavant.

Lectora, lector, vas a recorrer la distancia que media entre el suspiro empático que entornece y la firme convicción de saberte más fuerte. Y de querer demostrarlo.

Lo que hace Montse no es magia, aunque lo parezca. Su escritura es entrega, puro desgarró, emoción. Constantemente se interpela para que todo vuelva a colocarse en su lugar. Con sinceridad y transparencia. No es magia, no. Lo suyo es puro amor por la palabra. Una palabra que nos invita a seguir, nunca a detenernos, nunca a rendirnos, siempre a luchar.

Por mi parte, recojo el guante que ha lanzado al parir cada uno de estos textos y os animo a seguir su ejemplo.

Sempre endavant!

Contxi Lázaró Carrascosa

Billete de ida

Vidas

Empecé a redactar estos escritos pensando en cómo había cambiado mi vida a raíz del nacimiento de Marc. Fue un error.

Ahora me doy cuenta de que a lo largo de la vida los cambios son constantes, desde bien pequeños. Y seguramente, el gran cambio se ha producido veinte años después de parirlo, cuando he sido capaz de aceptar todo lo que he vivido. Justo en el momento en que decidí dejar de lamentarme y volver a ser yo, de reconocirme en la persona que era antes y la que soy ahora.

Observarse a una misma, aceptarse y recuperarse deberían ser procesos obligatorios en la vida. Tal vez lo sean.

Si pienso en la niña que escribía cuentos sentada en la escalera de la azotea y soy capaz de verme reflejada, quiere decir que todo ha valido la pena.

Porque es entonces cuando la vida te cambia. Para bien.

Porque te reconoces, al fin. Y vives aceptando tu vida y a ti misma.

Vivir es un cambio constante.

Seguramente todo lo que te relataré me ha convertido en la persona que soy en la actualidad.

Nunca me hubiera atrevido a publicar sin tener antes la tranquilidad que tengo ahora.

A pesar de todo, la vida es fantástica.

Esto ocurre cuando sales de la oscuridad.

No antes.

Comenzar...

Desde la ventana solo se veía una pared blanca desmigajada que yo me empeñaba en cambiar por un paisaje maravilloso donde no faltaban campos, árboles y sol. Pronto entendí que la imaginación, aunque no tenga límites, casi nunca convierte los sueños en realidad.

Me resulta curioso que, años después, cuando lo que veo por la ventana es ese paisaje idílico, solo recuerde aquella pared blanca que tanto me inspiró durante mi infancia.

Hasta la llegada de la oscuridad, claro.

Quizá fuera gracias a los libros que leía y que me transportaban a mil lugares diferentes. Leía en el lavabo, comiendo en la mesa, en la cama, en la terraza... En todos los sitios imaginables, excepto en el coche, porque me mareaba.

Iba a un colegio de monjas, o sea que cuando me regalaron el típico «Mi diario» al hacer la comunión, no dudé en llenar aquella libreta de alabanzas hacia un ser en el cual, —ahora me doy cuenta—, era muy fácil que te hicieran creer siendo una niña. Porque... ¿qué puede haber mejor que alguien que te cuida, te quiere y siempre te vigila?

«Si te portas bien». He llegado a odiar esa frase que tantas veces escuché de pequeña. No ya por el componente religioso que nos embutían en la cabeza, sino por el miedo que comportaba pensar que pudieras hacer algo incorrecto. El sentimiento de culpa que la educación cristiana inyecta en los niños tendría que convertirse en motivo de estudio.

Lo digo porque cuando pasan cosas malas, siempre, siempre, primero piensas que ha sido por tu culpa. Te lo han enseñado así desde bien pequeña.

Ser la menor de cuatro hermanos mucho mayores que tú, que tu madre te haya parido a los cuarenta cuando ya no esperaba tener ningún hijo más, te convierte en hija única lo quieras o no. Siempre lo he escuchado: la pequeña, la mimada.

No me quejo, lo encontraría absurdo. Simplemente, nací en un entorno donde mis hermanos gritaban «llibertat, amnistia i estatut d'autonomia!» e iban a la universidad mientras yo jugaba con muñecas en un colegio de monjas.

Pocos piensan en la soledad que conlleva tener tres hermanos demasiado mayores para jugar contigo y unos padres aún más mayores como para estar pendientes de las tonterías de una hija pequeña. Todos lo hicieron lo mejor que supieron y no me puedo quejar, tuve una infancia feliz.

Por lo menos hasta los nueve años, cuando por primera vez me dejaron salir sola a dar una vuelta con una amiga. Cruzamos la ciudad hasta el parque de Can Soley, no sé por qué. Por más que intento recordarlo, no tengo ni idea. No lo sé.

A veces pienso que queríamos cruzar los pequeños límites establecidos. Salir, como personas mayores, más allá del entorno parental. ¡Maldita voluntad de explorar fuera de los límites! ¡Maldita inocencia que es capaz de anular el pensar en los peligros! No existen a los nueve años. Solo las ganas de ver y saber qué hay más allá.

Y caminamos y caminamos sintiéndonos mayores, con nuestra inocencia prendida de la chaqueta como una joya, hasta llegar al parque donde había un policía en la entrada. Recorrimos los caminitos hechos de laberintos de plantas, vimos parques infantiles donde jugaban los niños con sus padres y nos sumergimos en el último camino que nos faltaba por visitar, solitarias y tranquilas, hasta que un chico nos asaltó por la espalda y nos dijo que siguiéramos andando o nos haría daño.

Supongo que un estado de shock es algo parecido a no reaccionar. Hacer lo que te dicen porque el miedo te ha dejado paralizada. Y de esta manera obedecemos. Y así fue como descubrí el

poder del miedo. Muchas veces me he preguntado por qué no gritamos, por qué no echamos a correr. No lo sé. Teníamos tanto miedo que solo escuchábamos aquella voz a nuestra espalda. Nos hizo saltar un pequeño muro, me obligó a bajarme las braguitas y le ordenó a mi amiga que no se girara. Me tocó todo lo que quiso y después me dijo que me girara y que no mirara. Oía a mi amiga y no entendía los sonidos, así que, desobedeciendo, miré un poco. La vi de rodillas delante de él. Me gritó que volviera a girarme y que no me moviera. Y yo, venga a rezar, *Dios mío ayúdanos, por favor, ayúdanos*. Lógicamente, no sirvió de nada. Dios debía de estar ocupado. En ese momento dejé de creer, e incluso recuerdo haberlo insultado mentalmente. No estaba cuando lo necesitabas, tal y como decían las monjas.

Y el chico —porque era un hombre joven—, nos dijo que no nos moviéramos durante un rato, que estaría vigilándonos, que nos seguiría y así sabría dónde vivíamos. Y se fue. Y otra vez el miedo paralizante.

Esperamos sin decir nada. Yo lloraba sin parar. Mi amiga no. Me dijo que nos marcháramos ya y la obedecí, saltando la pequeña pared y mirando a todos lados. *Tenemos que portarnos bien y hacer lo que nos han dicho*. Poco a poco salimos del parque y busqué al policía, pero no lo vi, mi amiga me agarró de la mano y empezó a correr y atravesamos la ciudad. Yo llorando, ella en silencio.

Hasta que no llegamos a su casa no se deshizo en llanto en brazos de su madre. Que ahora que lo pienso, ¡pobres madres! Enseguida llamó a la mía y nos metió en la ducha, primero a una y después a la otra. Y no recuerdo qué hicimos. No tengo ni idea. Cuando llegó la mama, me llevó a casa, me dio una pastilla y me metió en la cama. Creo que ellas fueron a la policía a denunciar, pero la verdad es que nunca nos lo dijeron ni nosotras tuvimos que declarar.

Mi amiga no quiso seguir siéndolo. No podía ni verme. Me sentí culpable. Tal vez podría haber hecho algo. No pensé que ella también. Solo pensaba que yo no había podido hacer nada, que me

había quedado quieta, que había obedecido. Y este fue el principal motivo de las pesadillas que aparecieron más tarde. No soñaba sobre el ataque en sí, soñaba que a todo al que quería le pasaban desgracias y yo solo observaba sin moverme. La mama no decía nada, no me preguntaba ni me explicaba. Ahora pienso que tal vez fuera la única manera que encontró para seguir adelante. O puede que lo ocultara como una culpa de esas cristianas, no tengo ni idea porque nunca más volvimos a hablar del asunto. Imagino que se lo diría a mi padre, pero no lo sé seguro. Lo único que sé es que mis hermanos jamás llegaron a enterarse, y creo que, a día de hoy, aún no lo saben. Lo que sí hizo fue buscar una psicóloga, la doctora U., con consulta en Barcelona. La mama me llevaba cada semana y la doctora intentaba que yo dibujara. ¡Pobre! Lo último que sabía era dibujar. No había manera. Y entonces me preguntó si quería escribirle una carta, si me sentaría mejor. Y así fue como empecé a escribirme con ella, a carta por semana durante bastantes años. Todavía las conservo, a pesar de que durante mucho tiempo fueron mi secreto máspreciado.

La última carta que me envió tiene fecha de enero de mil novecientos noventa y siete, cuando ya estaba casada y tenía una hija de dos años. En ella me dice, textualmente:

«Me gustaría que siguieras haciendo esto que haces tan bien, que es escribir. Pienso que si continúas como hasta ahora lo conseguirás, pues solo hace falta ser sincera con una misma para encontrar la manera de dar todo lo que se puede a todos los niveles. Ojalá pudieses llegar a otras personas, la escritura es un don maravilloso que por desgracia no todo el mundo aprovecha. Espero que seas capaz de vivir siempre esta sinceridad contigo misma».

Y así lo hice, continué escribiendo.

Me casé y quise ser una madre joven, porque siempre pensaba en la mía como en alguien demasiado mayor para entenderme. Así que con veinticuatro años tuve una hija a quien pusimos el nombre de Laia. Me quedé en casa cuidándola. Escribía, no para explicar

cómo me sentía yo, sino por el puro placer de inventar historias, aunque a un nivel familiar y de amistades.

A día de hoy aún me da vergüenza enseñar lo que escribo.

El primer hijo, o de cuando no sabíamos que lo teníamos todo

El nacimiento de mi hija fue lo más increíblemente maravilloso que me pasó. La expresión «dar a luz» me parece muy bonita.

Dar vida. *Dar luz.*

Con el primer hijo tienes muchas preocupaciones y miedos, aunque con el tiempo te das cuenta de que realmente no deberías haber sufrido tanto.

Mi hija era muy revoltosa. Se subía a todas partes y yo no dejaba de pensar que cualquier día se abriría la cabeza. Madre sufridora, supongo.

¡Pero, claro! Un hijo sano hace estas cosas. ¡Las tiene que hacer!

Por aquel entonces me habría gustado tener la experiencia que tengo ahora.

Dejar de trabajar para ocuparme de la niña fue gratificante como madre y, al mismo tiempo, desastroso como mujer. Hablo de mí en particular, entiendo que cada circunstancia personal es diferente.

Fui muy feliz los primeros cinco años de mi hija. Lo teníamos todo. Tener un hijo sano es tenerlo TODO. Y no lo supe ver. A veces me pregunto por qué no me quedé así. Ya tenía una hija. Estaba sana, ¿qué más quería?

¿Por qué quise tener más? ¿Por qué no me conformé con esta fortuna? ¿Por qué tenté a la suerte?

No sé... en aquel momento pensé que sería bueno que tuviera un hermano. Alguien junto al que crecer y hacer piña. Que, con los años, se pudieran ayudar.

No se me ocurrió nunca (supongo que a nadie se le ocurre) que podría haber problemas.

Volví a apostar, pero la vida me dio malas cartas.

No perdí.

Pero todo cambió.

Piedras

A veces pienso que somos como la piedra que va moldeándose con el pasar del tiempo.

Parece fuerte y dura, pero el aire, el sol, la lluvia —todo aquello que parece irrelevante—, le van dando forma. Lentamente. Con el paso inexorable del tiempo. Sin darse cuenta.

Y así, sin querer, nos modelan las caricias, las acciones, los golpes de la vida. Nos modelan las personas que nos rodean, las palabras, los gestos, las miradas, las historias que vivimos cada día, aquello que nos hace daño, lo que nos hace felices.

Nos pasamos la vida en manos del modelaje del tiempo y no percibimos cómo vamos cambiando poco a poco. Nos volvemos más cautos, más previsores, más astutos, más reflexivos, más atentos, más temerosos.

Y, al mismo tiempo, por aquellas curiosidades de la vida, también aprendemos a disfrutar más de lo que nos regala: un abrazo, un beso, una mirada... porque sabemos que, de hecho, son estas cosas las que nos seguirán modelando.

Algunos lo llaman «crecer».

Yo prefiero pensar que me modelan de mil maneras curiosas, que estoy llena de marcas casi imperceptibles, pero sin las cuales, no tendría esta forma.

Formas que nunca habríamos creído que podríamos llegar a adoptar, que nos hacen únicos, que pueden sorprender o pasar inadvertidas... formas únicas para cada uno de nosotros.

Podemos ser piedras modeladas, pero dentro de cada piedra late un corazón. Cuando es el corazón lo que es de piedra... no hay nada que modelar.

Los hijos

Cuando Laia tenía cinco años me quedé embarazada de nuevo. Estaba contenta. Pensaba —ilusa—, que había crecido como persona, que aún era joven y que mi hija tendría un hermano, que no sería hija única. Y nada más. Creía que había aprendido a disfrutar de los momentos. Las únicas preocupaciones eran pagar las facturas de la nueva casa, llevar a la nena a la guardería y disfrutar del embarazo. Cuando rompí aguas estando de seis meses me asusté mucho. El niño tenía que nacer en diciembre y estábamos a finales de octubre.

En el hospital de Girona me ingresaron y medicaron para retener el parto, dando tiempo a la criatura para que acabara de formarse. El dieciséis de noviembre comenzaron las contracciones y di a luz a un bebé que pesaba un kilo ochocientos gramos. Lo pondrían en la incubadora, pero en cuanto llegara a los dos kilos me lo traerían.

Doscientos gramos. No era demasiado.

Todo iría bien. No era el primer niño sietemesino. No era de los más pequeños. No le habían detectado ningún problema. No tenía por qué pasar nada. Seguía siendo optimista. Le pedí a mi marido que me comprara una libreta. Siempre me han gustado las libretas. Me da la impresión de que son puertas a otros mundos, a nuevas historias, y verlas tan blanquitas y vacías y después con tu letra me parecía —todavía me lo parece— que era como llenarlas de vida. La que me trajo era bien fea y además tenía las anillas en la parte de arriba, como un gran bloc. Pero no dije nada. Me serviría. Al fin y al cabo, solo quería plasmar mis sentimientos en torno a mi pequeño hijo. Lo llamaríamos Marc. Pero durante esos primeros días solo fue «el pequeño».

Todo se torció cuando el pequeño empezó a sufrir convulsiones dentro de la incubadora. No sabía qué le pasaba. Los médicos tampoco. A los dos meses nos trasladaron a Barcelona.

Me aterraba que me diesen aquella cosa tan pequeña que no había podido abrazar en cuatro días, que le pasara algo mientras lo sostenía. Pero otra vez el miedo me paralizó. A todo dije que sí. Hice todo lo que me dijeron.

En Barcelona, en Sant Joan de Déu, me vi con aquel bebé en brazos, esperando que me dijeran lo que teníamos que hacer, adónde debíamos ir, qué pasaba con nosotros. Los de la ambulancia entregaron unos papeles y se marcharon. Y me sentí terriblemente sola en aquel hospital tan grande en el que —en ese momento no lo sabía—, acabaría viviendo seis meses.

Al llegar mi marido nos hicieron ir a una sala de incubadoras y camitas y nos dijeron que podíamos dejar al niño allí o quedarnos con él en una habitación. Él dijo que lo dejaríamos allí y que volveríamos al día siguiente. Cuando ya salíamos le dije que no podía. Que no podía dejarlo allí solo. Que había muchos niños y que no le harían caso. Que estaba segura de que me necesitaba. Discutimos un poco, algo que con el tiempo pasaría a menudo. Nunca estábamos de acuerdo en nada en lo referente al niño. Regresé mientras mi marido se marchaba y pedí estar con mi hijo en una habitación. Recuerdo el tono de la enfermera cuando le dijo a su compañera: *«ha cambiado de opinión, ahora a ver dónde la metemos»*.

Me daba igual dónde me metieran, solo sentía que debía abrazarlo, darle tranquilidad, estar. No podía imaginar que aquella sería la primera de muchas noches, tal vez una de las peores noches de mi vida.

A veces pienso qué hubiera pasado si me hubiera ido. Creo que mi hijo habría muerto esa noche, aunque no estoy segura. Puede que todo hubiese terminado, habríamos pasado un duelo y nuestra vida habría sido totalmente diferente. Pero no lo hice. Y supongo que eso lo cambió todo. A veces tomas decisiones que no lo sabes, pero que te cambian la vida. Para bien o para mal. Lo que sí sé seguro es que hice lo que sentía, mejor o peor.

Solo llevaba esa bolsa que preparas cuando nace una criatura, con un poco de ropa para el bebé, y la libreta. Nos asignaron una habitación, oscura ya por las horas de la noche, en la que el niño parecía un muñeco de mentira en una cama grande, y yo parecía una madre histérica que no dejaba de llorar.

Y así empezó la pesadilla de las convulsiones. No le deseo a nadie que vea a su hijo sufrir una. A cada convulsión yo llamaba al timbre de la enfermera. Venían, lo miraban y me decían que ya llevaba suficiente medicación, que hasta la mañana no estaría el neurólogo y que no se podía hacer otra cosa que esperar.

Aquella noche llamé ochenta y dos veces. Lo tengo apuntado en la maldita libreta.

A las ocho de la mañana empezaron a llegar los médicos, muchos médicos. Supongo que debíamos estar en el número 1 del «ranking de los pesados de los timbres de la noche». Pero es que llegó un momento en que mi hijo encadenaba una convulsión con la siguiente. Eso se llama *status epileptico*.

Entró en coma a las nueve de la mañana. Puede que al ver a tanto médico dijera, «*pues venga, ahora dejo de tener consciencia*». Siempre ha sido muy listo.

Se lo llevaron rápidamente a la UCI para conectarle respiración asistida y me dijeron que debía dejar la habitación, que debía ir a la sala de espera de la UCI y, lógicamente, en consonancia con su condición de sala de espera, me dirigí allí a esperar. Y ya me ves, sin haber dormido, ni comido, ni cambiado de ropa en dos días, con aquella bolsa ridícula de la que acaba de tener un niño, buscando por los pasillos la sala de espera. Una salita con sillas, llena de padres y madres tristes, llorosos, callados.

Y allí me senté. La bolsa en el suelo y yo pensando si todo eso era real. Si de verdad me encontraba allí. Me pareció el peor rincón del mundo, una especie de Infierno en la Tierra donde parecía que todos tuviéramos que purgar alguna culpa con la esperanza de recuperar a unos hijos que nos habían arrebatado como castigo de no sé de qué.

Cuando al final lo vi se me cayó el alma a los pies. Mi hijo —que no llegaba a los dos quilos—, en una cama grande, lleno de agujas por todas partes; veintidós llegué a contar. Aquellas pequeñas venas no aguantaban las agujas y los médicos habían tenido que buscar y buscar y buscar. Incluso en la cabeza llevaba vías. Conectado a un montón de máquinas, me pareció un ratón de laboratorio que me quería llevar de allí. Y no podía. No podía hacer otra cosa que esperar. Supuestamente lo estaban ayudando. Me imaginaba los cortocircuitos de su cerebro ahora tranquilos, y pensaba que, de acuerdo, que debían detener aquellas conexiones neuronales que se empeñaban en hacer saltar chispas dentro de su cabecita. Cuando salí de verlo me desmayé, supongo que por el agotamiento.

La semana que Marc estuvo en coma podíamos verlo dos veces al día, mañana y tarde. Tenía a mi hija en casa. Mis padres, a pesar de ser mayores, lo dejaron todo y se trasladaron para cuidarla. No solo no había llegado ningún hermanito, sino que la mama llevaba dos semanas desaparecida. Por primera vez le pedí a mi marido que se quedara allí para poder ir a ver a mi hija. Establecimos que entre semana yo me quedaría en el hospital y los fines de semana se quedaría él. Iría a casa a ver a Laia y descansar. No sabíamos que este acuerdo se alargaría tanto en el tiempo.

Los papas lloraban cuando llegué. Parece que tenía una pinta que daba miedo. No solo había perdido el peso del embarazo, sino que literalmente me había olvidado de comer y lo poquito que mi madre intentaba que comiera no me bajaba ni queriendo. Habíamos preparado unas literas en la habitación de Laia y desde el primer día dormí en la cama pequeña de abajo. Le leía cuentos, la hacía reír, o ella me hacía reír a mí. Le escondía dibujos para que los encontrara entre semana, intentaba estar presente, aunque la situación resultara excepcional. Solo quería que no se diera cuenta por lo que yo estaba pasando. No era justo. Ni para Laia. Ni para Marc. Para nadie. No era justo que pasaran estas cosas. Pero eso solo lo piensas cuando te pasa a ti. La vida es así. De hecho, nunca ha dejado de sorprenderme la vida. Tampoco mis hijos.

La libreta del hospital

Miércoles, 3 de enero de 2001

Hace dos meses rompí aguas y mi vida cambió. Tener un hijo te cambia la vida, pero si además está enfermo, ya nada vuelve a ser igual.

Tengo miedo. Estoy cansada de esperar, de no hacer nada. Tengo que esperar con el miedo y el cansancio en mi interior. Me han dicho que Marc tiene un foco irritativo en el cerebro, (¿qué coño es eso?), y que sufre convulsiones idiopáticas, (¿qué mierda de palabra es esta?). También que no se puede hablar de epilepsia porque tenemos que esperar, (más), y ver cómo evoluciona. Y que debería estar contenta porque seguramente no es ninguna enfermedad metabólica, (no entiendo nada), porque estos tipos de convulsiones tienen buena evolución. Creo que lo dicen para animarme. ¿Harán lo mismo con todo aquel que pase por algo parecido? No lo sé. Pero, entonces... ¿Por qué no estoy contenta? Porque no quiero que Marc tenga nada. No quiero que esté en el hospital. Quiero que esté sano. Y, de momento, no lo está. La doctora también me ha dicho que el niño evoluciona bien para su edad. ¿Edad? ¡Si solo tiene 48 días! ¡Si justo ayer le vi los ojos abiertos por primera vez sin que se le dieran la vuelta! Pero no parecía que me mirara. Tenía la mirada perdida, más allá de mí, no sé dónde. Me han dicho que no sufre, que nada le hace daño. Pero se me parte el alma cada vez que grita al llegar una crisis.

Ayer «solo» tuvo cinco. Cinco en veinticuatro horas. Tal vez sí que mejora. Me parece que ya no sé nada. Se me caen las lágrimas tan a menudo que ya no recuerdo cómo era estar sin llorar. Me pregunto hasta dónde llega la resistencia humana. Siempre decimos que si nos pasara esto o aquello nos moriríamos. Pero no es cierto. Seguimos viviendo, y lo que es peor, seguimos viviendo y el

problema continúa con nosotros. En ocasiones pienso que sería mejor que muriéramos. Pero Marc seguiría con problemas. No serviría de nada morir. Además, no le podría hacer esto a Laia. También me necesita. No pienses más, no pienses, no. Tenemos que esperar. Esperar y no pensar.

¿Esperanza debe venir de la palabra «esperar»?

Jueves, 4 de enero de 2001

Son las dos del mediodía. La última convulsión de Marc fue a las siete de la mañana. Mi hermana y yo lo miramos y miramos. Es lo único que hacemos. Se ha quedado con él para que yo pudiera bajar a comer algo, pero no me entra nada. Mi hermana hace viajes arriba y abajo, como una abeja que recoge polen por aquí y por allá. Suerte tengo de tenerla. Los papas están con Laia. Entre todos me ayudan todo lo que pueden.

No me hago ninguna ilusión. Puede que cuando vuelva estemos igual. Esto es una mierda, me vuelve loca, porque cada vez me desespera más no saber cuándo ni cómo pasará.

Espero, espero, espero... Espero que continúe así todo el día de hoy y el de mañana y siempre. Espero que todo sea una pesadilla que tiene que acabar. Espero despertarme y que, con el tiempo, pueda olvidar estos días. Mentira. No olvidaré nunca lo que me está pasando, es demasiado fuerte. Tengo que cambiar los conceptos. No había entendido lo que todo esto comporta. Tal vez el truco radica en pasarlo para entenderlo. Lo único importante es la salud. Ya está. ¡Mira si era fácil! A estas alturas, nada más tiene importancia; ni las broncas familiares, ni las discusiones con la pareja, ni los problemas con los vecinos. Nada. Deja de importar, incluso, lo que los demás piensan o cómo reaccionan. Nada tiene importancia si lo comparas con el hecho de que tu hijo está enfermo en el hospital. Lo único que puede igualarlo en importancia es otra hija enferma. ¡Que no le pase nada a Laia, por favor, que nunca le ocurra nada!!!

En definitiva, aprendes que la vida ya es lo bastante complicada como para complicarla, aún más, con tonterías. Lo mejor sería vivir tranquilamente, sin problemas, pero supongo que este pensamiento

es demasiado utópico y, de hecho, tampoco tiene demasiada importancia. Solo espero que cuando vuelva con Marc no haya sufrido ninguna convulsión. Y que cuando lo despierte para cambiarle el pañal y darle el biberón de las tres, sus ojos huidizos se detengan un poco ante mi rostro y sepa que soy su madre, que estoy ahí con él. Solo espero. Como cada día. Si ahora subo y está mal, quiero estar preparada. Para consolarlo, para abrazarlo, para besarlo, para apoyarlo, para llorar con él si hiciera falta. Para vivir. Para ayudarlo a vivir. Para vivir por él. Para pasar los días que hagan falta esperando que mejore. Tal vez hoy ha comenzado la mejoría. O puede que no. ¿Quién sabe?

Hoy hace cincuenta días que Marc nació. Sesenta y cinco desde que entramos en el hospital. Contar los días de una condena debe parecerse a esto.

Viernes, 5 de enero de 2001

Marc continúa igual. Han venido los Reyes Magos y querían hacerle una foto. Los he echado. No tengo ganas de reyes disfrazados, ni de nada. No quiero que las primeras fotos de Marc se hagan en un hospital. Tendríamos que estar en casa envolviendo regalos y no aquí. Estoy enfadada.

Sábado, 6 de enero de 2001

Hoy ha venido Laia. Nos hemos hecho una foto. Ella, Marc y yo. He claudicado. La primera foto de Marc es en un hospital. El médico me ha dicho que quieren trasladarlo a Barcelona para que lo vean los neurólogos de Sant Joan de Déu, el hospital infantil. No sabemos si tendremos que quedarnos allí o regresaremos al Trueta^[1]. No sabemos cuándo iremos. No sabemos qué pasará. No sabemos nada. Esperar. Esperar. Esperar. Ya no sé lo que espero.

Domingo, 7 de enero de 2001

Son las cuatro de la tarde y estoy en la cafetería del hospital. Otro domingo. Los fines de semana han perdido su condición de festivos. Todos los días me parecen iguales. He dejado a Marc, tan tranquilo,

durmiendo después de que sufriera otra crisis. Se queda tan relajado... Parece mentira que minutos antes estuviese rojo y rabiando y gritando como si lo estuvieran matando. Es como si lo que ocurriera no fuera real. Como si tuviésemos que despertar, de alguna manera, de una pesadilla. Pero no es una pesadilla. Es real y nos está pasando a nosotros. Le está pasando a él. Y no hay milagros posibles. ¿A qué tengo que esperar? Espero una solución médica. Un remedio eficaz que le permita sanar, algo que le permita estar bien. Tiene derecho a ser un bebé sano, ¿no?

Se está nublando. Tal vez llueva. Reúno fuerzas para volver con él. Para aguantar cuando llegue la siguiente crisis. Parece que el Ácido Valproico tampoco funciona. Intento aprenderme los nombres, pero es imposible con tanto cambio de medicación. Este lo recuerdo porque me hace gracia el nombre, es como el de un superhéroe. Puede que desvaríe, yo que sé... Puede que tenga que aprender a ser feliz con un hijo enfermo, pero ahora mismo me resulta imposible. Aunque si lo pienso, soy muy afortunada, hay mucha gente que me quiere y que está preocupada por mí, por Marc, por nosotros.

Siempre se puede estar peor y, por tanto, deberíamos estar contentos de no estarlo. Pero eso no sirve de consuelo. De hecho, nada me consuela. Tan solo Laia me anima y me distrae. Y a veces me cuesta. ¿Cómo me cambiará todo esto? ¿En quién me convertiré?

Lunes, 8 de enero de 2001

Hoy he tenido que hacer un esfuerzo de concentración, mentalización y voluntad para decirle a la doctora que quiero otra opinión sobre el estado de Marc. No puede ser que sigamos igual. Que solo nos digan que tenemos que esperar. He intentado parecer fuerte, pero me ha costado mucho. Se supone que son ellos los que entienden, los que saben lo que hacen. Me siento tan pequeña delante de los médicos... Al final me ha dicho que mañana por la mañana llamarían a Barcelona, pero no sé dónde. No sé qué pasará,

pero Marc no mejora, continúa con las crisis y no hacemos otra cosa que esperar.

Martes, 9 de enero de 2001

Mañana trasladarán a Marc a Barcelona, a Sant Joan de Déu. Ahora sí que no sé lo que pasará. Toda esta situación me asusta. Estamos aquí desde primeros de noviembre y ya conozco el entorno, a las enfermeras y el camino de ida y vuelta a casa. Se supone que mañana iremos a Barcelona en una ambulancia y no sé si la estancia irá para largo. Pobrecita Laia. ¡Me sabe mal por ella! Al menos aquí estamos cerca de casa. ¡La echaré tanto de menos si pasa demasiado tiempo! Casi no puedo ni pensar, pero, ¡vaya cómo lo ha tenido que pasar ella con la enfermedad de Marc! No lo quiero ni pensar. ¡Me añora tanto! Esta situación no solo le ha quitado la atención de su madre, es que le ha quitado a su madre, literalmente. Espero que este infierno acabe lo antes posible. No sé con lo que nos encontraremos mañana. Y hoy Marc no ha sufrido ninguna crisis. Soy incapaz de creer en milagros. ¿O no sería milagroso que, de repente, esta pesadilla se acabara?

Miércoles, 10 de enero de 2001

(Letra casi ilegible)

Una locura.

Lo peor que se pueda imaginar.

La peor noche de mi vida.

Estamos en Sant Joan de Déu.

Podíamos dejar a Marc y marcharnos, pero no he sido capaz. No puedo soportar la idea de dejarlo solo en este sitio tan grande. He dado marcha atrás y me he quedado con él. He llamado ochenta y dos veces al timbre de la enfermera. Marc no ha dejado de convulsionar.

Jueves, 11 de enero de 2001

Hoy, veinticuatro horas después de llegar a Sant Joan de Déu, el jefe de neurología ha visto a Marc y ha hablado conmigo: tienen que detener las crisis como sea. Encontrar la causa. Buscar un tratamiento.

No dejo de repetirme que este hombre sabe mucho y que debo confiar en él, dicen que es uno de los mejores neurólogos de aquí. Pero Marc continúa con las crisis. Este mediodía ha comenzado a sufrir apneas. Le han administrado un nuevo medicamento, el Rivotril, (que me parece un nombre de luchador ganador), y dicen que mañana le harán un electro y que recibirán los resultados de las pruebas del Trueta. No entiendo por qué aún no las tienen. No lo sé. A veces no entiendo nada. Según el médico con este medicamento las crisis tienen que acabar, pero siguen igual.

Ahora se ha ido Mailo, al mediodía ha venido Ia. Mis hermanas están más cerca, ahora que estamos aquí. Joan dice que irá a trabajar mañana y vendrá el sábado por la mañana.

Miro a Marc. Lo miro y lo miro y no sé qué pensar. Parece que mi cerebro esté encallado. Lo miro y pienso que debería ser un bebé fuerte, despierto y feliz, pero de momento la vida está siendo muy dura para él. Le pinchan. Le sedan. Le vuelven a pinchar. ¡Las neuronas de su cabecita se tienen que calmar! Será la segunda noche aquí. Dicen que es un caso especial, y supongo que estarán pendientes de él. Creo que esto va para largo. Si tenemos que estar meses aquí no sé cómo podremos vivir así sin que nos rompamos. Sin que se deshaga la familia. Sin que Laia se vea afectada. Sin que quedemos todos destrozados.

Pero el tiempo pasa, y todo tiene un principio y un final. Me animo a mí misma. Esto tiene que acabarse algún día. Tiene que acabar. Las cosas malas también se acaban. Así que esperaré, (siempre esperando), que llegue el final de la enfermedad de Marc.

Solo entonces podré deshacerme de este nudo que tengo en el estómago y que no me deja respirar, ni comer, ni pensar.

Viernes, 12 de enero de 2001

Esta noche tampoco hemos dormido. Marc ha sufrido pequeñas crisis cada vez más continuadas. Al principio, como si solo quisiera llorar, y ahora con convulsiones de brazos, boca y ojos. Parece que algo invisible le aplique descargas eléctricas. El pediatra de guardia le ha aumentado el Rivotril y me dice que esté tranquila, que no le hace daño. Me preocupa cómo le pueda afectar al cerebro el sufrir tantas crisis, y también me preocupa tanta medicación. Ya se sabe que lo que se arregla por un lado, se estropea por el otro. Aún podemos empeorar. Y esto es así. No puedo engañarme. No imagino cómo sería un día en que realmente Marc...

(la escritura se corta)

Son las doce menos diez. Marc ha ingresado en la UCI a las diez y media de la mañana. El neurólogo me ha hecho entrar en un despacho. Estoy sola. Me dice que el niño está grave. Posiblemente, si sale de esta, sufrirá problemas neurológicos severos el resto de su vida. Dice que todo se hablará y que se verá qué es lo mejor para todos. No les gusta nada su estado. Lo han intubado, sedado y está en coma. Le irá bien porque su cerebro necesita descanso ya que el estado eléctrico cerebral que presenta es muy malo. Dice que le harán un electroencefalograma y que un pediatra hablará conmigo, que le harán más pruebas. Dice que, de momento, intentarán luchar para que salga de esta, pero que, si no consiguen detener las crisis, se tendrá que valorar el siguiente paso. Estoy muy asustada y en shock. Solo escucho.

Como está en la UCI no puedo estar con él. Me dicen que pasará todo el fin de semana con respiración asistida. Tal vez todo esto acabará antes de lo que esperábamos. No puedo creer lo que estoy escribiendo. Las cosas ya han empeorado. Tal vez nos encontramos en la recta final. No lo sé.

No puedo creerlo. Tengo que irme a casa. Y volver. Y no sé nada más.

Sábado, 13 de enero de 2001

Amanece y vamos de camino a Barcelona. No podemos ver a Marc y nos vamos. No puedo dejar de temblar y tengo ganas de vomitar. No

puedo creer que esto esté pasando. Una vez escuché decir a un padre con un hijo con Síndrome de Down que durante mucho tiempo se preguntó: «¿Por qué a mí?». Hasta que un día se respondió con otra pregunta: «¿Y por qué no?». No somos invulnerables a lo inesperado. La noche anterior, cuando me fui a dormir a casa después de las dos primeras noches en Barcelona, soñé que nacía Marc. Yo no tenía ni barriga ni nada y, de repente, me encontraba con un niño en los brazos. Lo miraba y sonreía, era mi hijo. En el sueño le faltaba una pierna, ¡y yo estaba tan feliz! ¡Todos estábamos contentos!

Son las dos de la madrugada del domingo 14 de enero y no puedo dormir. Mañana tendría que haber nacido Marc, era la fecha prevista. Ahora debería tenerlo todavía en la barriga y mañana habría sido un día feliz. Tantos planes... y nada de lo que está pasando es lo que tendría que ser. Nada.

Martes, 16 de enero de 2001

Hoy Marc cumple dos meses. Ayer le hicieron un electro, pero todavía salía alterado. Mala señal. Lo he podido ver unos minutos y tiene muy mala cara. Le pinchan por todo el cuerpo porque sus venas, tan finitas, no aguantan las vías donde le inoculan la medicación. Tiene morados en los brazos, en las manos, en los pies y en la cabeza. Hoy hemos hablado con el neurólogo. Me estoy secando. Se me acaban las lágrimas. ¿Eso puede ser? Si estoy con él, no puedo parar, y cuando salgo parece que me quede vacía de todo. Me estoy secando. Como si tan solo fuera una cáscara. Una cáscara reseca.

Miércoles, 17 de enero de 2001

Estoy en el pasillo de la UCI. Un día más. Uno de tantos. Pasa gente. Pasan médicos. La sala de espera está atiborrada de padres, abuelos, amigos, parientes. Todos tienen a un niño dentro, muy grave. Todos tienen la cara triste. El olor que desprende este sitio es asfixiante. A pena... Me pongo colonia solo para no sentir este hedor que se me mete en la nariz. El hecho de estar día a día aquí te mina,

te seca el corazón y tienes la sensación de volverte fría y dura como una piedra. No podemos tener aquello que tanto anhelamos. Solo podemos esperar. Una espera tan dilatada que acabas odiándolo todo. Odio a los médicos, aunque estamos en sus manos. Odio los hospitales, las batas blancas, las enfermedades, el sufrimiento. Odio los pasillos. Odio las miradas, las frases, las palabras. Odio vivir. Al menos, vivir así. Siento que me vuelvo transparente. Dos médicos hablan en el pasillo delante de mí. Los observo y escucho, pero ellos no me ven. Hablan de viajes. Aparto la mirada. No quiero mirar, ni escuchar, ni saber nada. Solo quiero que Marc deje de sufrir, que se encuentre bien. No quiero más dolor, ni jeringuillazos, ni medicamentos. No quiero ver la preocupación en los ojos de los que me quieren, ni en los ojos de nadie. No sé qué esperar. Nadie me lo dice. O no me lo quieren decir o no saben qué decirme.

Mañana volveremos a hablar con el neurólogo. Hoy le harán otro electroencefalograma. Le han quitado el Pentotal, (qué nombre más ridículo), y lo han sustituido por dos nuevos medicamentos. Parece un conejillo de indias. Seguramente lo es. Espero para entrar a verlo. Estoy sola. Me da miedo entrar para ver lo que me dicen, por lo que me pueda encontrar, por cómo estará Marc. Mi estado de ánimo comienza a virar hacia la resignación más absoluta porque no sé cómo salir de aquí ni cómo puedo ayudar a mi hijo. Querer hacer algo y no poder hacer nada. Mi resignación no es voluntaria, es forzosa.

Si no me resigno, me muerdo.

Viernes, 19 de enero de 2001

La espera es interminable. Esperar en la UCI se me hace desesperante. Me pregunto qué es peor: ¿la certeza o la incertidumbre? Todo es malo. Aquello que nos decían las monjas de pequeñas, lo del Purgatorio, tal vez sea un lugar así. Me parece el lugar más deprimente del mundo. Ante mí pasan niños enfermos. Gravemente enfermos. Veo sus ojos vacíos y los de sus padres anegados en llanto. ¿Los padres tenemos la capacidad de compensar, incluso, en lágrimas? No encuentro esperanza en ningún

sitio. Es como si en este espacio entre paredes tuviera el paso restringido. Todo es malo si un niño está enfermo. ¿Qué tipo de vida es esta? Esto no es vida. ¡Existen tantas cosas bonitas! Alegría, felicidad, amor, amistad, generosidad, cariño... Me toca entrar. Tomo aire. Intento no olvidarme de respirar. Otro día. Un día más. No sé qué encontraré.

Domingo, 21 de enero de 2001

Tengo que mirar el calendario para saber qué día es hoy. Marc empieza a despertar después de una semana en coma, pero lo hace poquito a poco. Le cuesta, le cuesta mucho. Todavía está intubado y vuelve a sufrir algunas crisis. No me lo puedo creer. ¿Otra vez? ¿Seguimos igual? No no no no no no no no no no... Me ha dicho una enfermera de la UCI que cuando despierte del todo lo pasarán a planta porque es mejor que los niños estén con los padres. Sobre todo, con la madre, me dice. La he mirado con mis ojos vacíos y le he dicho que Marc pasa más tiempo con las enfermeras que conmigo, pero que, si ella lo dice, debe de ser así. ¿Me estoy volviendo maleducada? También me ha dicho que le tienen que hacer más pruebas. Comprobar si es algo metabólico. Pruebas, pruebas y más pruebas que no dan respuestas. Tengo tantas preguntas sin respuesta que hago una lista:

—¿Qué tiene Marc? ¿Cuál será el tratamiento? ¿Diagnóstico? ¿Pronóstico? ¿Secuelas? ¿Consecuencias? ¿Evolución? ¿Futuro? ¿Hasta cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Los términos se alargan y se alargan. En el mejor de los casos seguramente estará sufriendo siempre. ¿He creado una vida de sufrimiento? Debería estar penado por la ley. Me siento culpable. Todo es culpa mía. Quise tener un segundo hijo. Fui yo.

Lunes, 21 o 22 de enero, no lo sé, de 2001

Ayer Marc lloraba en silencio porque le molestaban los tubos de la respiración asistida. Parecía un pajarito reclamando su comida, pero su expresión no era bonita. Me desespera. Lo trasladan a planta. Y continúa llorando sin voz. Ya no sé qué hacer. Al final, después de

comer lo he cogido y acunado y ¡oh, sorpresa! ¡Ha dejado ese llanto mudo y se ha dormido! Ha dormido hasta las diez de la noche, ya no sabía cómo ponerme porque no he querido soltarlo. Me duele todo. Me da miedo dormirme con él en brazos, pero en la cuna llora. Al final lo he estirado en la cama de adulto y yo me he sentado en una silla acunándolo con mis brazos. La enfermera nos ha despertado para la toma del biberón de la noche. Todavía estábamos en esa postura. Me ha regañado. Me da igual. Marc ha dormido y yo también. Y no puedo creer que sea la primera vez en dos meses que duermo un rato con mi hijo sin que grite. Que la enfermera se ponga como se ponga. Que todos digan lo que quieran. Todo me da igual.

Martes, 23 de enero de 2001

Marc ha pasado casi veinticuatro horas sin sufrir crisis. Finalmente ha tenido dos, una a las nueve de la mañana y otra a las once, justo cuando estaba el neurólogo en la habitación. Le han vuelto a cambiar la medicación. Parece el juego de la oca, administro medicación porque me toca y vuelvo a tirar los dados.

Ahora son las once y media de la noche. Tengo que apuntar cada convulsión que sufra, el tiempo que dura y cómo es. Llevo un listado. De momento, doce horas sin crisis. Lleva durmiendo toda la tarde.

(Mañana tengo que acordarme de preguntar si el medicamento nuevo —¿cómo se llamaba? Ya no lo recuerdo—, le da sueño, si es normal que duerma tanto).

Al final lo cogí cuando se puso a llorar. No quiero que llore si no es necesario, eso me he propuesto, y mientras yo esté aquí, lo cogeré en brazos. A la mierda todos los libros que aconsejan que dejes llorar a tus hijos, me gustaría verlos en esta situación. Mientras lo acariciaba y lo miraba, me he dado cuenta de que Marc no mira. O si mira, parece que no vea. O si ve, no me parece que vea bien.

(Mañana tengo que recordar decírselo al pediatra, al neurólogo y a todos los médicos que pasen. Cada vez soy más brusca con

ellos. Me doy cuenta, pero no puedo evitarlo. Esta situación me ha vuelto dura. O desagradable. No sé).

¿Cuándo podremos recuperar nuestra vida? Aquí estoy, durmiendo en una butaca de hospital, velando el sueño de un bebé del que no me puedo despistar por si me necesita. Añoro tanto a Laia. Añoro tanto mi vida. Lo añoro todo, pero soy prisionera de la enfermedad. El hospital nos devora.

Miércoles, 24 de enero de 2001

Marc duerme. Ha dormido toda la noche gracias a nuestro sistema de envolverlo con mis brazos cuando no hay nadie en la otra cama de la habitación. Y ahora que ya es de día, continúa durmiendo. El neurólogo dice que el Sabrilex (el nuevo medicamento que rima con feo^[2]) no es lo que le deja tan adormilado. Le he comentado lo de los ojos. Me ha dicho que, si hasta ahora nunca ha fijado la vista, es porque era demasiado pronto y que lo que a él le extrañaría sería que, de repente, dejara de hacer cosas que sí hacía. O sea, que *como hasta ahora no ha mirado, no les extraña que no mire...* No entiendo nada.

Compartir habitación es una mierda. Pasan niños, se curan y se van. Y nosotros seguimos aquí. ¡Yo también me quiero ir!

Jueves, 25 de enero de 2001

Marc sigue durmiendo. Yo sigo diciéndole a los médicos que duerme demasiado. Los médicos siguen sin decir nada. Parece un ciclo sin fin. Hoy he podido pasar la tarde con Laia. La he llevado a cortarse el pelo, le he comprado unas bambas nuevas, hemos ido a una fiesta infantil. Odio las miradas de la gente. Pero me he vuelto de piedra y he aprendido a hacer como si nada. ¡Hasta me he dado cuenta de que puedo simular una sonrisa! Con Laia sonrío de verdad. Es mi tabla de salvación. Nos hemos dedicado muchos mimos, me dice que vuelva a casa y me esfuerzo por no llorar. Con ella, no. Yo también quiero volver a casa. Por una tarde casi he olvidado el hospital y he hecho vida *medio* normal. Sufro por Mailo, mi hermana, que se ha quedado con Marc casi todo el día. No sé

qué haría sin ella y sin Ia, sin los papas, sin toda la gente que me quiere y me ayuda.

Nunca les estaré lo suficientemente agradecida.

Ya no tengo fuerzas para calcular el tiempo que hace que estamos aquí, y no puedo ni quiero pensar en el que nos queda. ¿Y el día que Marc pueda salir del hospital, qué? ¿Qué pasará? No sé si saldrá curado o enfermo. Me espanta la idea. Y al mismo tiempo es cuanto deseo: poder estar en casa con mis hijos. Nada más. Sin tener que ir arriba y abajo, de Barcelona a Lloret, sin tener que conducir sola, sin tener que entrar en el corazón de la ciudad. Querría desconocer los caminos al hospital. Querría hacer tantas cosas bonitas con Marc y Laia... Llevarlos al parque y verlos jugar. ¿Pido demasiado? Seguramente sí.

Viernes, 26 de enero de 2001

Hoy a las once de la mañana hará tres días que Marc no sufre ninguna crisis. ¿Tal vez pueda comenzar a alegrarme? ¿Me puedo relajar? No me atrevo. Me da miedo ser optimista y, al mismo tiempo, no puedo dejar de desearlo. Los médicos aseguran que comenzará a estar más despierto. Me hago ilusiones. Les creo. Les tengo que creer. Ya no sé dónde agarrarme, pero trato de aferrarme a lo que sea como si me estuviese llevando la corriente y me fuera a ahogar.

A la una del mediodía, Marc convulsiona.

¡Maldita crisis!

¡Maldita esta y todas las que ha sufrido y las que no sabemos que vendrán!

No soy tan valiente como para ser optimista. Quiero ser valiente, tengo que serlo, pero, ¿optimista? ¡Me cuesta tanto! Tengo miedo. No lo puedo evitar. El miedo a las crisis me paraliza la respiración y la mente. Lloro sin control otra vez después de dos días de calma. Estoy agotada. Todo me agota. ¿Hasta cuándo durará esta tortura?

Son las ocho y media de la tarde. Tercera crisis. No puedo más.

Que no se descompense que no se descompense que no se descompense que no se descompense que no se descompense que no se descompense.

Jueves, 1 de febrero de 2001

No tengo ánimos ni para escribir. La pesadilla ha regresado, si es que alguna vez se había marchado. Ayer le tuve que dar el medicamento a Marc con tan poca maña que lo escupió. Nos trasladaron a la sexta planta en previsión de una estancia larga, porque ahí es donde ingresan los niños con enfermedades crónicas. Nueva planta quiere decir enfermeras nuevas. Explicar todo, tener que hablar. Me agota. Y durante la primera noche en la nueva planta, mi hijo se ha hecho notar. Dos crisis largas y seguidas han asustado a la familia de la cama de al lado y las enfermeras han avisado al pediatra de guardia. Por primera vez le han puesto un Valium rectal para calmarlo. Me han dicho que *tal vez, como escupió un poco de medicamento...* Y pienso: *iros a la mierda. ¡Si llevamos así no sé cuántos meses!* Me contengo y no digo nada. No tengo fuerzas para contestar. Finalmente he conseguido que bebiese un poco del biberón de las seis. No he podido en las dos tomas anteriores, porque seguía convulsionando. No vamos bien. Ha dejado de mamar y cuesta muchísimo que coma. Se atraganta constantemente y me da miedo que se me ahogue en las manos. No sé qué hacer.

No sé qué hacer.

Viernes, 2 de febrero de 2001

Son las ocho de la mañana de primeros de febrero. Marc duerme. La habitación a la que nos han trasladado, en la sexta planta, se eleva por encima de la ciudad de Barcelona. Veo el mar, al fondo. Como todo lo que es hermoso, lo observo de lejos. Respiro, mirando por la ventana, y me doy cuenta de que estamos muy arriba. Trato de no hacer ruido. Creo que fuimos al Trueta el noviembre pasado. Y ahora estamos aquí.

Todo tiene un principio y un final. No sé cuál será nuestro final, pero llegará. Tiene que llegar. Nada dura para siempre. Me desespero y, sin querer, rompo a llorar mientras miro por la ventana. Quiero volver a casa. Quiero dormir en mi cama. Quiero despertarme en casa. Quiero disfrutar. Quiero reír. Quiero olvidar. Quiero tirar hacia adelante. Quiero ser feliz.

Todo llegará, aunque ahora, llorando como estoy, no sé ni cuándo ni cómo.

6 o 7 de febrero de 2001

Creo que es jueves. Son las seis de la mañana y estoy en la calle, fumando, después de la última crisis de Marc. La última crisis antes de la siguiente, supongo.

Entro en la cafetería. Un señor duerme con la cabeza sobre la mesa. Saco un café con leche de la máquina. Ya me he acostumbrado. Creo que sobrevivo gracias a este brebaje y a los filetes de pollo rebozado que me traen mis hermanas. Salgo fuera con el vaso entre las manos y fumo otro cigarro (qué me importa ya, fumar o no). Hay más gente fumando. Todos tenemos mala cara. Nadie se mira. Nadie habla.

Vuelvo a la habitación. En la cama de al lado duerme una niña. Antes durmió un niño, y antes, otra niña. Ya he perdido la cuenta.

No ha pasado nada. Un día más. Una noche más. Es desesperante, pero seguimos, siempre adelante.

9 de febrero de 2001

Cambio de medicación. Crisis cada dos horas. Ayer, en total, doce convulsiones en veinticuatro horas. Media vida convulsionando.

Por la noche fumo en una escalera de emergencias que tiene el techo abierto y veo el cielo. Pierdo miedos y vergüenzas. Lloro por Marc y me endurezco con la gente. Nada importa si lo comparamos con lo que estamos viviendo. Lista de convulsiones. Lista de medicamentos: Gratusminal, Fenobarbital, Ácido Valproico, Rivotril, Servilex, Valium, Topiramato..., malditos nombres que apunto

cuando los recetan y tacho cuando no sirven, pero a los que me aferro como un salvavidas por si acaso alguno funciona, esperando un cambio, una mejora, algo... ¡Qué sé yo! Esperando sin resultados. Ahora me doy cuenta de que hay más gente en estas escaleras, de noche. Como siempre estoy escribiendo ni me había fijado. Debe ser terreno neutral para madres y padres que sufrimos, que no podemos dormir. He estudiado la situación y si abro un poquito la puerta veo nuestra habitación y puedo escuchar, en el silencio de la noche, si Marc grita. Y tengo la impresión de que he ganado un espacio para mí. Un pequeño espacio de paz en el Infierno en el que estamos atrapados. Podría alquilar los escalones. Seríamos como una comunidad de vecinos del Averno. Qué tontería. A veces creo que perderé la cabeza.

10 de febrero de 2001

Marc Marc Marc Marc Marc Marc Marc, no dejo de pensar por qué te he traído a este mundo si lo único que haces es sufrir. No está bien. Las cosas no son así, Marc, de verdad. Son bonitas, te lo juro. No todas, pero sí la mayoría. Todo el fin de semana llorando y retorciéndote de dolor y no sé qué tienes. ¿Qué te pasa? No sé si es de tanta medicación, no sé si te duele la barriga, no sé si tienes otitis. No lo sé, de verdad, Marc, no sé qué tienes. No sé qué hacer. No sé a quién más decírselo. El fin de semana es otro mundo.

Joder, no sé cómo cojones ayudarte.

13 de febrero de 2001

Me estoy volviendo una pared de hospital.

Las enfermeras cambian de turno, los enfermos se curan y se van, la gente entra y sale e, incluso, hay quien sonríe y habla.

Y yo me estoy convirtiendo en una pared de hospital, inmóvil, fija, constante, quieta. Marc y yo nos fundimos con las paredes, y acabarán engulléndonos y destrozándonos. Nos evaporaremos y saldremos volando, como el humo de este cigarro que fumo ante la mole monstruosa en la que habitamos.

Vuelvo dentro y observo a Marc en la nueva habitación donde nos han trasladado. Duerme después de convulsionar. Estamos solos, por fin.

Al principio, Marc fue el número 11 en la incubadora. Después fue, durante dos días, el 474. El número 1 en la UCI. Más tarde, el 468, y luego el 661. Ahora es el 664. Demasiados números para un niño tan pequeño. Tan solo tendría que ser Marc. No quiero que vuelva a ser un número.

14 de febrero de 2001

Ha vuelto a amanecer. No lo entiendo. No entiendo cómo puede hacerse de día y de noche mientras tú sigues aquí. ¿Por qué no se detiene el tiempo? Tal vez es mejor así, que no se pare, que siga rápido hacia adelante y que todo pase y se quede en el olvido. ¿Podré olvidar? ¿Cómo seguiré con la vida después de todo esto?

Los médicos hablan y hablan y cada vez los entiendo menos. Dicen cosas como: *electroencefalograma, punción lumbar, Rivotril, pruebas en la retina, neurotransmisores, demasiado adormecido...*, y no sé cuántas cosas más. Me parece que a mí también se me estropean las neuronas al oírlos repetirse tanto, desde hace tanto tiempo. Las enfermeras: *que le dé el biberón, que ha de mantener el reflejo de chupar*. Los médicos: *que si es mejor que siga dormido*. Y yo pienso: *está adormilado, no chupa y convulsiona. COMO SIEMPRE*. Me enerva. Me enfada. Todo. Parece que nadie me escuche. De hecho, no lo hacen. Debo ser una pared, ya. O no, porque estoy desesperada. Y, que yo sepa, las paredes no se desesperan.

Lunes, 19 de febrero de 2001

Desde la escalera escucho los gritos de Marc mientras le intentan colocar una vía por milésima vez. Hoy llevamos nueve convulsiones y ahora, de nuevo, medicación intravenosa. Esto se tiene que acabar algún día. *Todo empieza y todo se acaba*. No dejo de repetírmelo. Me despierto a cualquier hora y pienso: *hoy llegará el cambio y todo irá bien*. A cada momento. Cada día. Intento pensar en positivo. Me

esfuerzo. *Hoy llegará el cambio. Hoy estará bien. Va. Sigue. Aguanta.* Hasta que volvemos a empezar, y cuando se duerme después de la crisis, salgo a la calle a coger aire. Observo a la gente. Se van a casa con sus bebés. No perciben que son afortunados. Me gustaría gritarlo: *¡SOIS AFORTUNADOS!* Pero vuelvo a la habitación. Las escapadas duran unos minutos, nada más. No me atrevo a estar más tiempo alejada de mi hijo.

Es la una y media de la noche, ya es martes.

Otro día. Otro día. Otro día. Marc Marc Marc Marc Marc, tú puedes, de verdad, creo en ti, esto se tiene que acabar, tiene que llegar el cambio, venga Marc. Vámonos a casa. Por favor.

Lunes, 12 de marzo de 2001

Marc sufre algunas crisis, pero desde hace un mes, ha espabilado. La combinación de dos medicamentos, finalmente, parece que funciona. Vuelve a comer. Por primera vez me hablan de volver a casa.

Muy bien, Marc, sigue así, así, muy bien, ilo haces muy bien! ¡Adelante!

Viernes, 16 de marzo de 2001

Hace cuatro meses que nació Marc.

Hoy volvemos a casa.

Me llevo el miedo auestas, pero por fin estaré con Laia.

Soy feliz, ahora que puedo. De momento. Lo tengo que aprovechar.

Siempre. Lo aprovecharé siempre. Cada segundo de felicidad. Cada minuto. Cada sonrisa. Cada palabra. Cada amanecer.

Martes, 24 de abril de 2001

Volvemos a estar en Sant Joan de Déu. Con lágrimas en los ojos y pena en el corazón. Marc ha vuelto a convulsionar, se ha descompensado y tiene una neumonía. La única experiencia que tengo con la palabra «descompensar» acabó con Marc en la UCI y

en coma, y la imagen regresa sin pedir permiso, al igual que el miedo. Ya no soy la dueña de mis recuerdos, vagan libres por mi cabeza y me llevan, en segundos, de la alegría a la tristeza. Es agotador. Pienso mucho, casi sin querer, en morir.

Me asustan mis pensamientos. Pero, la verdad es que, sin darme cuenta, calculo cómo y cuándo y dónde podríamos marchar los dos sin hacer demasiado ruido ni molestar a nadie. Me asusto de mí misma. Pienso en morir como una solución al sufrimiento, aunque no es una solución a la vida. Porque la vida seguirá y existen personas que nos rodean. No somos Marc y yo. Principalmente, está Laia. Entonces le doy la vuelta. Me planto ante estos pensamientos y les digo: *Marc se ha descompensado por la neumonía. Lo curarán. Lo estabilizarán. Ajustarán la medicación que necesite y volveremos a casa, y seguiremos adelante. Y punto.* Y pongo orden en los malditos pensamientos.

Miércoles, 25 de abril de 2001

No tengo ganas de escribir, pero me obligo.

No tengo ganas de nada, pero me obligo a todo.

Empujar hacia adelante a pesar de las dificultades no es un acto voluntario. ¿Tal vez sea el instinto de supervivencia? Ni idea, pero a mí me funciona. Adelante, siempre adelante. Me lo repito desde que regresamos a casa.

Hoy es Sant Marc.

Jueves, 26 de abril de 2001

La neumonía está controlada. Ha sido un buen susto. Creo que eso demuestra que no puedo bajar la guardia, que siempre puede pasar algo así, que no estamos exentos de nada; que, si pasa, haremos lo que tenemos que hacer: buscar una solución. Y seguir adelante.

Hoy Marc no deja de sonreír. Le sonrío. Me mira fijamente. ¡Con todo lo que sufrí porque no miraba y ahora nos comunicamos a base de risas y miradas! No merece una madre triste o amargada. Merece una madre feliz, y es lo que le pienso dar.

Volvemos a casa y seguimos.
Adelante, siempre adelante.
Hoy es mi santo.

Escribir (2002)

A veces me cuesta escribir, me parece que no sé cómo decir lo que quiero y al mismo tiempo tengo la sensación de desnudarme.

Le doy vueltas y vueltas hasta que, con una canción, un pensamiento, surgen las palabras sin obturador y necesito apuntarlas antes de que huyan, escurridizas, como el agua entre los dedos. Y, cuando consigo retenerlas, ni que sea un instante, este se muestra revelador. Lo que pienso, de repente se materializa en una retahíla de líneas y líneas y la tranquilidad regresa a mi interior.

Puede que sí sea un desnudarse, pero no implica más observación que la mía, y eso, a menudo, sirve para verte mejor. No hacen falta espejos si escribes con el corazón en la mano. Te guste o no, eso que escribes acostumbra a ser lo que eres en realidad.

Finitud (2002)

Siempre pensé que moriría joven,
pero nunca imaginé que antes viviría tantas vidas.
¿Quizá morir está sobrevalorado?
Desde que nacemos, empezamos una cuenta atrás
cuyo único final es el mismo para todos.
De ahí la importancia de la vida.
Tiene fecha de caducidad.
Si no fuera así, tal vez todo tendría menos sentido.
Porque todo tiene un porqué.
Aunque tardes años en comprenderlo.
Es algo que nos iguala.
Se llama finitud.
Bonita palabra.

Laia (recuerdos difusos)

Recuerdo perfectamente la madrugada del 20 de noviembre de 1995. Rompí aguas mientras dormía y corrimos al hospital. Estaba ilusionada y asustada a la vez. Querías nacer. Tardaste un ratito, y a las dos del mediodía asomaste la nariz a este mundo. Fue el momento más mágico, especial, importante y maravilloso de mi vida. Ya te tenía entre mis brazos, tan pequeñita, tan cosita bonita, itan preciosa!

Estuvimos tres días en el hospital y entonces... ¡Dios mío! ¡A casa!

Fuiste un bebé feliz, comías y dormías y muy pronto empezaste a crecer y a sonreír... Desde entonces, hace ya veintiocho años, has continuado creciendo y sonriendo..., te has hecho mayor casi sin que me diera cuenta, y cuando miro las fotos o recuerdo cuando eras niña me parece increíble que aquella cosita se haya convertido en esta gran persona.

Te subías a todas partes, no parabas, inquieta como eras por descubrirlo todo. Hacías los puzles con las fichas del revés, sin ver el dibujo, guiándote tan solo por las formas. Recuerdo cómo te metiste a la señorita de la guardería en el bolsillo con tu simpatía y cómo siempre querías quedarte en el parque, jugando con los otros niños.

Recuerdo cuando dormíamos juntas los fines de semana que regresaba a casa después de estar de lunes a viernes en el hospital con Marc, y cómo me abrazabas, como si fuera a acabarse el mundo.

Recuerdo tu perplejidad ante aquel hermanito que no era como esperabas, tu paciencia con él y con nosotros.

Recuerdo a aquella niña que tuvo que aprender demasiado pronto que el mundo no giraba en torno suyo y que se tuvo que

acostumbrar con rapidez a los cambios de la vida.

La niña que no quería mudarse a Balsareny, que no se sintió acogida en el colegio, que tuvo que hacerse fuerte y valiente para defenderse, pero que siempre tiró hacia adelante y cayó de pie, que se esforzaba por hacer lo correcto, aunque fuera un palo.

La niña que creció con sus sentimientos tal vez difuminados por las circunstancias que tuvo que vivir, pero que supo mantenerlos en su interior, en su corazón.

La niña que fuiste, la mujer que eres. Mi hija. La que siempre he querido con toda el alma, la que siempre ha estado a mi lado, la que a veces no ha entendido lo que hacía y que, a pesar de eso, no me ha decepcionado. La que ha comprendido que la vida está para ser feliz y no amargada. La que sabe valorar a las personas por lo que son, no por lo que tienen. La que disfruta de los buenos momentos.

O, simplemente, Laia.

Matarse (2002)

Morir puede ser la solución más fácil.

Existen un montón de maneras de morir. Diría, incluso, que es más sencillo que conseguir una vida llena de felicidad. Tal vez es muy exagerado, pero a veces pienso que es así. Empiezo pensando en el puente. Quizá porque ahora lo tengo más cerca. Cuando paseo arriba y abajo evalúo las posibilidades que ofrece. Calculo la distancia hasta abajo. Como la riera está seca, veo perfectamente dónde quedaría estampada. Lo más difícil sería caer bien, es decir, caer y morir. Si caigo y quedo malherida ya la he cagado, sufriré dolor antes de que me encuentre algún payés despistado de algún huerto de por allí. Eso no me interesa. La ventaja es que solo tengo que concentrarme en lanzarme, porque después ya no hay marcha atrás. Tampoco se corre peligro de hacerle daño a nadie, como mucho a algún animalito, que también sería mala suerte. Para él, quiero decir.

De los lugares del pueblo desde los que lanzarme, el puente es el más fácil. Sería más espectacular si lo pudiera hacer desde las almenas del castillo o desde el campanario de la iglesia, pero estos son lugares de difícil acceso a priori y se me adivinarían las intenciones. No. No es necesario morir de forma espectacular.

Empecé a pensar en el puente hace poco, al venir a vivir a Balsareny. Hasta entonces mi método preferido era el coche. Seguro que las estadísticas dicen que es más fácil morir al volante que en un puente. Lo tendría que mirar. Pero claro, que yo me quiera morir no quiere decir que me quiera cargar a alguien, así que pienso en la manera de hacerlo sin implicar a otro coche, persona o animal. Es difícil encontrar un muro de hormigón en medio de una carretera,

como aquellos anuncios que escenifican lo que ocurre si te estrellas. Lo eliminaré por improbable.

Los barrancos pueden ser una solución. Pero por aquí no hay ninguno demasiado alto. Por alguna razón es el Plà del Bages^[3]. Me encanta la carretera que va de Lloret a Tossa. ¡Qué acantilados! ¡Qué vistas! El problema es que con las curvas no se puede coger velocidad en plan Thelma y Louise, y me temo que bajaría arrastrando los bajos del coche y todavía me multarían. Además, pensándolo bien, también me sabría mal estropear ese maravilloso paisaje y salpicarlo con mi propia catástrofe. ¡Qué ironía que la belleza del paisaje me haga desistir de suicidarme allí!

Descarto también otros métodos que implican a otras personas, nadie ha de salir herido, a parte de mí, claro. Lanzarme bajo las ruedas de un camión, atravesar la autopista, o ligar con un *fitipaldi* borracho que me lleve adonde sea. En cualquier caso, ninguno me gusta. Es jugársela demasiado. No te puedes fiar de los *fitipaldis* porque a menudo salen ilesos.

Ahora escribo con tinta roja y no es casualidad. Las maneras de morir que impliquen ensuciarse no me gustan. Cortarse las venas sale en muchas películas, pero no me imagino haciéndolo. Tendría demasiado tiempo para pensar y echarme atrás. Solo imaginar el dolor, ya veo que no podría. Joder joder. Pienso demasiado, incluso para morirme.

Tal vez es que no deseo morirme con las suficientes ganas. Tengo que pensar en esto. Por eso prefiero las muertes rápidas, para no darle tiempo a mi cerebro a pensar tanto, para no sentir nada ni reaccionar.

No quiero sufrir dolor. El dolor es lo peor.

Cuando Marc se moría creo que se volvió insensible al dolor. Porque cuando conté 27 pinchazos en un cuerpecito de dos quilos no entendía cómo podía resistirlo. Le habían rapado la cabeza para encontrarle las venas. Tenía morados en la cabeza, en las muñecas, en los brazos, en las ingles, en los tobillos y en los pies. Tal vez él no

sentía dolor, pero después de dos años a mí todavía me hace daño ese recuerdo.

Me pregunto dónde podría encontrar un psicópata asesino. Puedo hablar con él y ponérselo fácil. Pero seguro que entonces ya no le haría gracia y me dejaría ir.

Esto de morirse no es tan fácil como pensaba.

Me han recetado una pastillita al día para afrontar lo que le pasa a Marc. Leo el prospecto. Son flojas. Lo de las pastillas puede estar bien. No hay dolor. No hay sangre. No implicas a nadie, (aparte de al que te encuentre). Tengo que procurar que me localice alguien al que no le cause trauma alguno, no quiero dejar a nadie tocado por mi culpa. Tendría remordimientos, incluso muerta.

De momento me toca vivir. Con un miedo constante por Marc. Es un sufrimiento lento, torturador. Me seco las lágrimas, Marc grita. Tengo que ir con él. Ahora tampoco me va bien morirme porque él me necesita.

Incluso morirse es complicado en la vida.

No es nada fácil morirse. No.

16 de noviembre de 2002 / 16 de noviembre de 2003

16 de noviembre de 2002

Dos años.

Hace ya dos años que nació Marc y que me cambió la vida. Yo también he cambiado. Tanto, que no me reconozco.

Son las siete de la tarde y a esta hora bajaba a la sala de partos. Estaba muy asustada. La epidural no hacía efecto y yo no dilataba. Recuerdo el dolor. Intenso. Punzante. Como si me estuvieran destripando. ¡Qué gritos daba!

Cuando salió, me dijeron que pesaba un quilo trescientos gramos. Se equivocaron. Pesaba uno ochocientos. Lo llevaron a la incubadora. Me dijeron que estaba bien. ¡Que estaba bien! Solo tendría que engordar hasta los dos quilos y después podríamos volver a casa. *Para Navidad, en casa*, me dijeron.

Fue la última vez que hicimos planes. La vida los hizo saltar por los aires. Planeamos pasar Navidad en casa... Ni Navidad, ni Traginers^[4], ni carnaval ni Fiesta Mayor.

Hospitales, médicos, enfermedad, llantos, sufrimiento, oscuridad, tristeza. Es inútil preguntarse por qué.

Ha pasado así.

Y punto.

20 de noviembre de 2002

Laia cumple siete años. Me cuesta recordar la felicidad que sentí cuando nació. Me cabrea ser incapaz de sobreponerme al nacimiento de Marc y que eso condicione mis recuerdos felices. Cuando pienso en cómo sufría con Laia, la inseguridad que sentía al ser madre y no

saber si lo estaba haciendo bien o no, me doy cuenta de que, en realidad, criar un hijo sano es bastante fácil, a pesar de todo.

Laia es fantástica. Es increíblemente lista y espabilada. Tiene carácter. Mucho. Pero también sabe recular y pedir perdón. La quiero tanto que a veces pienso que tal vez no se lo demuestro lo suficiente.

A veces siente celos. Y supongo que es normal. En el fondo lo llevamos bastante bien. Reclama atención y hago todo lo posible porque la reciba.

Siete años. Llevo a Laia y a cuatro amiguitos al *Chiquipark* y está feliz.

Nada más importa.

30 de noviembre de 2002

No me he olvidado de las diferentes maneras de morir que imaginé. Me cuesta trabajo sobrevivir al día a día, ser buena madre, conseguir pequeños instantes de felicidad, mirar las cosas positivamente, no enfadarme demasiado con nadie, ver cómo avanzan las obras en casa, hacer las tareas del hogar en el piso que hemos alquilado, que hacen que mi familia funcione con cierta normalidad.

Hago un esfuerzo por ilusionarme con la navidad y por intentar hacer feliz a todo el mundo. Puede que incluso a mí.

6 de enero de 2003

Respira. Mira. Levántate. Vive. Tengo que vivir, aunque me quiera morir. Respira. Vive. Tengo que hacerlo. ¡Abre los ojos, joder! Estoy cansada. Derramo lágrimas interminables. No tengo fuerza para nada. Vengavengavenga. Mueve la mano. Escribe. Venga, Montse.

Arriba. Arriba.

Respirarespirarespirarespirarespirarespirarespirarespira.

14 de febrero de 2003

No he podido escribir hasta ahora sobre Ia, mi hermana mayor. Tiene cáncer. El lunes la operan y después le pondrán quimio. Marc

irá en septiembre a una escuela especial, en Santpedor.

Laia no se adapta al colegio de aquí y está de muy mal humor. Las obras van lentas.

Todo me supera.

17 de febrero de 2003

La operación no ha servido de nada. Parece que está muy extendido. No lo puedo creer. ¿De verdad? ¿Ia? ¿La que come sano, hace deporte y no fuma? ¿La que trabaja, viaja y me envía postales desde todos los sitios a los que va? ¿La que ha pedido el traslado a Manresa y está dispuesta a dejar su querida Barcelona para estar cerca de mí y de los papas? ¿En serio? No puedo creerlo. Pienso luchar junto a ella. Pienso estar, cueste lo que cueste. Mailo no puede hacerlo sola. Los papas no pueden hacerlo solos. No pienso en ningún plan. Tan solo, estar.

Luchando otra vez. Ahora, más que nunca.

16 de mayo de 2003

Mi vida de pareja se ha roto. Convivimos como si compartiéramos piso. Ia no puede estar sola en el piso de Barcelona. La convencemos para que vaya al de los papas. Entre todos la cuidaremos y la ayudaremos a seguir adelante.

Adelanteadelanteadelanteadelanteadelante. Tú puedes, Ia.

Tú, Montse, también.

Verano de 2003 (sin fechas)

Ia empeora por momentos. Paso los días en casa de los papas. Nos hemos trasladado a la casa nueva, aunque faltan cosas. Pero estamos cerca. Voy y vengo continuamente. Ia ya no puede venir a casa a ver las mejoras. No sale a la calle porque se agota solo de hablar. Cuando le pregunto qué puedo hacer por ayudarla me mira con unos ojos que parecen enormes bajo la cabeza rapada y me dice que solo quiere encontrarse bien. Le leo. La escucho si tiene ganas de hablar. La miro cuando duerme. No lloro delante de ella. Ni de

coña. Siempre llego contenta como si no ocurriera nada grave. Ella es la primera que se acojona solo de pensar en lo que le pasa. La distraigo hablándole de Marc y de Laia. De las obras. De todo lo que se me ocurre. Hago todo lo que puedo para que no piense que se muere. Yo tampoco lo pienso. Pasamos de puntillas, como si mencionarlo nos pudiese explotar a las dos.

29 de septiembre de 2003

Ia ha muerto.

No me lo puedo creer.

No sé cuánto dolor más podré soportar.

4 de octubre de 2003

Cada día que pasa me sorprende más que ya no esté.

Es como si no me entrara en la cabeza.

Los últimos días con ella fui muy fuerte. Mucho, muy fuerte. Increíblemente fuerte. Estrené la secadora de casa con las toallas llenas de sangre que llevaba arriba y abajo para lavarlas y devolverlas.

Los papas no podían. No podían. El papa lloraba en la cocina como un niño.

Delante suyo nos conteníamos, pero al salir de la habitación, todos llorábamos.

¿Y ahora? Ahora no sé a lo que aferrarme. Echo de menos su voz. Su conversación. Todo. Intento quitarme de la cabeza los recuerdos dolorosos, pero van a la suya. No sé cuánto tiempo durará este dolor que me tritura el alma.

Pero tengo que seguir. Por Laia. Por Marc. Por los papas.

Tal vez por mí.

16 de noviembre de 2003

Querida Ia:

Hoy Marc cumple tres años. Ya va al colegio. Lo recogen con una furgoneta a las ocho y vuelve a las seis de la tarde. Laia está muy triste. Fuimos al río, ¿sabes? Le propuse un juego. Le dije que teníamos que pensar cosas bonitas de cuando estabas, y que recogeríamos una piedrita por cada cosa que recordáramos. Y que las guardaríamos. Serían las piedritas de los buenos recuerdos. Y así, cuando estuviera muy muy triste, podría coger el bote de las piedritas y recordar las cosas bonitas. Y así lo hemos hecho. Ahora tenemos un bote lleno de preciosas piedritas.

Me niego a dejarme llevar por el desánimo, Ia. Hablo mucho contigo. Te explico todos los problemas que tenemos en casa, me desahogo. Y te sueño. Y cuando te sueño, es como si estuvieras conmigo. Y creo que debe ser la manera que tengo para aferrarme a algo. Ya puedo empezar a asimilar que todo es real, que ya no estás, que nunca haremos esa cena pendiente, o que no volveremos a limpiar las sardinas tal como me enseñaste a hacerlo. El dolor continúa, pero, increíblemente, he aprendido a mantenerlo a raya.

Tengo que estar bien porque todavía se han de hacer muchas cosas por ti.

He bajado a Barcelona, a tu piso, para vaciarlo. Con Mailo. Me preocupa. Os llevabais un año, está hecha polvo. No deja de llorar. Y entre llanto y llanto, guardamos los libros dentro de las cajas. Ella no tiene sitio. Toma los que quiere y yo me llevo las librerías y las cajas en viajes que parecen no tener fin. Pero lo tengo que hacer. Los papas no pueden. La Mailo no puede hacerlo sola. Y, sobre todo, sobre todo, tú no mereces una hermana que se rinda. Mereces una hermana que luche, como tú, hasta el final.

¡Me has enseñado tantas cosas! ¡Estoy tan contenta de que hayas sido mi hermana!

Incluso pienso que todo lo que ocurrió con Marc nos unió. Fue entonces cuando realmente nos conocimos, durante las interminables horas de hospital.

¿Ves? Otra cosa buena.

Otra piedrita.

Te quiero Ia. No lo olvides.
Y seguiré luchando. Te lo prometo.

Mi hermana, 2003

Yo no entiendo de poesía,
a duras penas sé de sentimientos, recuerdos,
de llantos y sonrisas, de sueños imposibles.
Sé de luchas. Algunas, perdidas,
y de otras que siguen activas día a día.

Aún lloro al recordarte,
y muchas veces me he dicho: ¿qué me diría Iá de esto?
A menudo me detengo a escuchar, por si acaso te oigo
dándome consejos para seguir hacia adelante.

Y siempre estás presente, en mi interior, en cuerpo y alma,
y en el recuerdo de todas las personas que tuvieron la suerte
de conocerte y que tanto te quisieron.

Y todavía me duele
hablar de ti en pasado,
y a veces utilizo el presente
pensando que así, tal vez,
seguirás dentro de mi mente.

Yo no sé rimar.
Solo sé expresar.

Matarme 2

(texto censurado)

¿Y colgarse? En las novelas siempre hay algún cadáver colgado. Creo que leo demasiada novela negra, pero esto no viene al caso.

Observo mi casa. No tengo vigas vistas. Mierda. La antena de la tele me la quitaron y, en cualquier caso, no aguantaría mi peso, caería de lado y quedaría hecha un ovillo de cuerda y cables en el tejado.

Supongo que en un árbol iría bien. Pero, ¿cómo subo? Quiero decir, ¿cómo pongo la cuerda bien arriba? ¿Y qué nudo hago? ¡No entiendo de nudos! ¿Y si se deshace y me pego un trompazo y tienen que venir los bomberos? Joder, no lo veo nada claro. No sé si me encontrarían. Y si me encuentran, qué vergüenza tener que explicar lo que haces colgada de un pie en un árbol en medio del bosque.

Vuelvo a las pastillas. Igual si birlo de aquí y de allá de algunos abuelos, en el trabajo, podría hacer un buen cóctel. Pero, no. Les causaría un trastorno a muchos de ellos. Si no están en el sitio donde se las dejo siempre, no lo entenderían.

Debo ser más sutil. Recogerlas en la farmacia y tragármelas todas. En el mismo coche, antes de ir a alguna casa, así no molestaría a nadie. Claro, el sitio donde mueres también importa. Más que nada, no te puedes morir en casa de ningún abuelo porque encontrarían a más de uno..., a más de un muerto, quiero decir. Del susto. No, no. Pobrecitos míos, ¡con lo que me quieren y con lo que adoro trabajar con ellos!

¿Qué más hay? ¿Venenos? ¿Setas venenosas? Hombre, aquí podrían pasar desapercibidas mis intenciones. Como mucho quedaría como una estúpida que no ha sabido reconocer una *Amanita Faloide*. No sé si colaría... Y hay que esperar que sea la época y encontrarlos.

Y que maten bien. No molaría tener tan solo un dolor de barriga y vómitos, total, para seguir viva.

Oler la lejía me da angustia y solo pensar que baja quemando la garganta y todo por dentro... mala cosa. Porque al ser donante de órganos, no puedo tenerlos quemados. ¿O utilizarían los ilesos? Lo tendría que mirar, pero no me acaba de convencer.

Seguiré pensando.

Cojones, sí que cuesta morirse.

Morirse bien, quiero decir.

De mujeres valientes que lloran

No os extrañe ver a aquellas mujeres valientes cuando se ocultan detrás de unas gafas de sol y pasan rápido por vuestro lado dejando ir un «adiós» imperceptible mientras enjugan la estúpida lágrima que cae imparable para resbalar por la mejilla.

No os extrañe, os digo, porque las mujeres valientes lloran a menudo, más a menudo de lo que creemos, y a veces no pueden evitarlo, ni ocultarlo, ni disimularlo. A veces solo pueden dejar que mane la infinita tristeza hacia afuera, por el lagrimal.

No os extrañe, pues, que aquellas que sabéis que afrontan la vida con coraje y fortaleza en ocasiones se hundan o se sientan desfallecer.

Si eso ocurre en vuestra presencia, no las juzguéis. No las compadezcáis. No las miréis con extrañeza, porque las mujeres valientes también lloran.

Y es que necesitan llorar para poder continuar hacia adelante.

Para poder seguir andando cada vez que oyen a un niño preguntar a sus padres qué le pasa a ese chico que no camina y al que se le cae la baba.

Para poder seguir sonriendo cada vez que la abuela dice cosas sin sentido ni delicadeza, cada vez que se queja de una u otra cosa, cada vez que pregunta por qué su nieto no camina.

Para seguir haciendo todo lo que han de hacer cada día sin decaer, sin desfallecer, sin hundirse.

Tal vez necesitan llorar las mujeres que luchan con la enfermedad mientras por dentro están tan asustadas que no pueden ni hablar.

O las mujeres abandonadas que no entienden qué ha pasado para que su vida haya cambiado tanto.

O las mujeres que deben elegir entre pagar la casa o la comida de su bebé mientras evitan preguntarse cómo se las arreglarán la semana siguiente.

Incluso esas mujeres valientes que luchan contra los hijos en edad difícil, o las que buscan su camino, su lugar en la vida, o las que lo tienen todo a favor y aun así se sienten solas y perdidas, o las que no tienen tiempo de sentir nada de lo ocupadas que están. Las que se hacen preguntas, las que ya no saben qué esperar, las que tienen miedo.

Todas lloran. Algunas a escondidas. Otras, tan solo en un puñado de ocasiones. Están las que lloran cada día y las que lo hacen una vez al año.

Mujeres valientes que lloran están en todas partes. No os extrañe, pues, si pasan rápido por vuestro lado. Solo necesitan llorar para poder continuar.

De mujeres valientes que ríen

No os extrañe si de repente, al doblar la esquina, topáis con una mujer valiente que camina sonriendo por la calle.

Las mujeres valientes también ríen, más de lo que creéis.

Tanto da si lo hacen porque de súbito recuerdan aquel chiste, la última diablura del hijo o la broma de la amiga.

Las mujeres valientes no tienen miedo de reír, porque cuando saben reírse de ellas mismas el camino ya está hecho. Da igual si mientras cocinan se ponen a cantar la canción imposible que se les ha enganchado y de la que solo recuerdan el estribillo, o si miran el cielo estrellado sonriendo mientras piensan qué harán al día siguiente para comer.

Las mujeres valientes saben reír, y mucho.

Saben que, riendo, la mitad de los problemas no parecen tan graves y aprovechan la oportunidad para aligerar su día a día.

Tan pronto como se miran al espejo y se sonríen saben que son invencibles y se animan a sí mismas, bromeando, *¡Qué guapa estás!*

Las mujeres valientes saben reír cuando hace sol, cuando llueve o cuando está nublado, porque todo tiene su gracia y esto es, en definitiva, la gracia de todo.

Simplemente las mujeres valientes aprenden a reír, del chiste viejo, de las aventuras vividas, de los amores apasionados o absurdos o equivocados, de las tonterías más ridículas, de la realidad cotidiana, de lo absurdo de tantas cosas de la vida, de ellas mismas en ese estado surrealista en el que parecen flotar, donde olvidan los convencionalismos y los *qué dirán*, donde dejan fluir, con total libertad, su valentía de vivir.

Todo hace reír.

Las mujeres valientes que saben reír han aprendido que es mejor contaminar con risas que con maldades, y sonríen al ver las flores en la terraza, y hablan con las cosas y los animales, y hablan solas (quién sabe...), y rebosan felicidad que regalan con carcajadas allá donde van.

Se ha de ser una mujer valiente para saber reír.

Y ellas lo hacen.

Mi castigo

Mi castigo es que me ignoren,
que me borren de sus vidas como si yo nunca hubiera existido.
Mi castigo es verme reducida a la nada,
al olvido perpetuo de aquellos a quien amé.

Mi castigo es desaparecer, y mi vida, conmigo,
olvidada por quienes me expulsan de su mundo,
para borrarne, para borrar todo lo que sintieron por mí,
para aniquilar a la persona que un día fui y convertirme,
con el olvido, en una sombra de mí misma.

Mi castigo por haber amado con toda mi alma y mi corazón,
es vaciarme de recuerdos, de anécdotas,
de vivencias compartidas que ahora se niegan y se borran,
como el que borra el resultado equivocado en una suma.

Quizá solo fui eso, un resultado inexacto de la ecuación,
un error del universo en un momento equivocado,
una piedra en el camino de aquel que, esquivándola,
me deja sumida en una absoluta tristeza.

Sueños y realidades

Desde hacía unos días no dejaba de soñar.

Tal vez estuviera más cansada o su mente necesitara más movimiento del que estaba acostumbrada.

En cuanto cerraba los ojos se veía transportada a mundos irreales, a situaciones absurdas en las cuales reconocía a los protagonistas, pero no sus historias.

De repente, los amigos eran amantes y los conocidos, familia.

Y despertaba empapada en sudor y necesitaba un tiempo para resituarse en la realidad para encajar todas las piezas de nuevo en su sitio, para asegurarse de cuál era el mundo real y cuál el de los sueños.

Y empezó a temer el momento de irse a dormir, porque sabía que en cuanto los pensamientos flotaran libres todos sus esquemas cambiarían de nuevo y se vería viviendo situaciones impensables, sufriendo por miedos inasumibles y llorando por situaciones que nunca viviría en el mundo de los despiertos.

Llegó a pensar que podría ser como el juego de las adivinanzas, donde cada lugar se transformaba noche tras noche, y las casas cambiaban y las personas también.

El juego consistía en saber quién era cada uno en realidad, para despertar tranquila. Pero nunca conseguía ganar la partida.

Vivir el mundo de los sueños la hacía despertar pensando en cómo era posible que aquella persona hiciera eso, o cómo podía estar tan descuidado aquel lugar fantástico que ella conocía, y lo hacía asustada y alarmada de lo diferentes que podían ser las cosas y las personas.

E intentó dejar de soñar, de dormir, de sufrir, pero acababa cayéndose de sueño y todo volvía a empezar, día tras día.

Y así, poco a poco, se vio obligada a cambiar sus hábitos, se acostumbró a poner el despertador un poquito antes porque necesitaba un rato para asumir que estaba despierta y que todo lo que había vivido esa noche había pasado en el mundo irreal del inconsciente.

Con el paso del tiempo acabó por acostumbrarse a su vida real y a su vida subconsciente. Empezó a encontrar interesante lo que soñaba y se dio cuenta de que lo que vivía allí jamás lo viviría despierta. Y fue sacudiéndose la angustia para darse cuenta de que tenía una buena oportunidad para dejarse llevar. Sin asustarse. Con la curiosidad de un niño que aprende a caminar y descubre que todo aquello que le rodea está a su alcance.

Con los años aprendió que aquello que le había provocado miedo y angustia, en el fondo era algo positivo: la oportunidad de vivir de noche otras vidas, diferentes y extrañas, pero que le permitían sentir cosas nuevas y que, por tanto, acababan formando parte de ella.

Y empezó a despertar sonriendo por todo aquello estrambótico que había soñado. Y decidió no tener, nunca más, miedo de hacerlo. Y, sobre todo, se dio cuenta de que abriendo la puerta a los sueños desaparecía el miedo a despertar. Al fin y al cabo, despertar solo suponía vivir un día real, donde todo estaba en su sitio.

Los sentidos

Sentir. Añoro SENTIR. El contacto de una mano acariciándome. La fuerza de una mirada que me perturba y me hace enrojecer con un pudor que esconde el deseo, la intensidad, la fuerza. Añoro que mis sentidos se despierten como de un sueño demasiado largo donde, a veces, pienso que se han perdido y que no sé si volveré a encontrar.

El tacto

Las caricias, las manos. Provocar y recibir estremecimientos suaves, tiernos o delirantes. La piel de gallina por el roce de unos dedos que recorren el cuerpo y me hacen descubrir lugares desconocidos que no sabía ni que existían. Las caricias bruscas desencadenadas por el deseo y la pasión del momento, la necesidad de tocar y palpar y sentir que es real. Las caricias tiernas que arrullan mi cabello, mi cuello, mi nuca... cada palmo de mi cuerpo, olvidados en el tiempo.

El olfato

Oler cada uno de los rincones del mundo que es el otro y dejar que ese olor me impregne por completo, me llene y se quede siempre en mi memoria. Olor de otro, de noches pegados, donde el sueño es tranquilo y acompasado. Olores que te devuelven la calma. Olores olvidados de persona, de animal, de recovecos inexplorados que emanan efluvios impensados. Olores extraños, olores conocidos. Olores recordados. Olores descubiertos que me inundan.

El oído

Palabras susurradas, a veces tiernas, a veces sobrecogedoras... palabras de un vocabulario personal de aquel momento, un instante, minutos ganados al tiempo perdido. Palabras pronunciadas con el corazón, que expresan sentimientos, que se traducen con las manos y se evocan con los ojos, palabras que me hagan enloquecer de placer, que me hagan sonreír y soñar.

La vista

Un cuerpo desnudo a mi lado, que más que mirar me guste observar. Miradas desenfocadas que se encuentran en el ruido de la noche. Tal vez una mirada que recorre mi cuerpo y me hace sentir especial y única. Miradas llenas de complicidad, miradas que juegan a esconderse y que no se pueden disimular. Miradas que sonrían sin necesidad de hablar.

El gusto

Recorrer con mis labios el contorno de un cuerpo. Explorar otra boca y llenarme, de los pies a la cabeza, el paladar con su gusto. Sabores amargos y dulces que me hagan evocar el mar y el cielo y que me permitan volar hasta el mundo de los sentidos. Gustos imposibles de cocinar o de comprar. Íntimos y personales y diferentes y nuevos a cada instante. Gustos mezclados con olores, con sonidos, con texturas hechas de piel y sudor.

Añoro VIVIR, que en todo eso consiste.

¿Y por qué no?

Hace tiempo, cuando la vida me golpeó con su zarpazo, pasé muchos días en salas de espera con la única compañía de una libreta y un boli. En esos momentos llené páginas con una pregunta: *¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?* Esta simple fórmula se convirtió en un mantra hasta que me di cuenta de que solo era una de tantas que no tienen respuesta. Y empecé a cuestionarme lo contrario: *y ¿por qué no? ¿Por qué no puede pasarme a mí lo que le pasa a tanta gente? ¿Tan especial me creo? ¿Tan diferente? ¿Tan, qué? ¿Tan soberbios somos que nos creemos inmunes a las desgracias o merecedores de la fortuna?*

Con el paso del tiempo me he vuelto a preguntar *por qué*. Muchas veces. Ahora me cuesta menos reconocer un *por qué* de los que no tienen respuesta.

Y hasta hace poco no me di cuenta de que las mismas preguntas también me las hacía en el ámbito amoroso. *¿Por qué no funciona? ¿Por qué a mí no?* Y, como tantas veces, vuelvo a hacerme la pregunta al revés: *y, ¿por qué no? ¿Por qué no puede pasarme a mí? ¿O a ti? ¿O a nosotros?*

Todos nos hemos hecho alguna vez estas preguntas. *¿Por qué me tiene que pasar esto?, ¿por qué no me quiere?, ¿por qué no se fija?, ¿por qué no me hace caso?, ¿por qué me ha engañado?, ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?*

Cuando nos demos cuenta de que son preguntas que a veces no tienen respuesta entonces podremos empezar a decirnos: *¿y por qué no? ¿Y por qué no me va a querer? ¿Y por qué no se va a fijar en mí? ¿Y por qué no va a salir bien?*

Somos tan complicados y a la vez tan simples que nos preguntamos lo mismo en la desgracia y en la fortuna, en el amor o sin él.

Cada vez me pregunto menos cosas. *¿Qué quieres? ¿Qué buscas? ¿Qué necesitas? ¿Por qué te gusta esta persona y no la otra? ¿Por qué estoy solo? ¿Por qué me quiere? ¿Por qué no me quiere?*

Porqués y más *porqués* que llenan espacios que deberían estar ocupados simplemente por lo que sentimos.

Me esfuerzo solo en sentir, sin preguntarme demasiado el por qué. Así que muchas veces no tengo respuestas. Solo sé lo que siento.

Sensaciones

Miradas.

De amor, de inocencia,
de almas sensibles, irracionales,
más allá de cualquier lógica o sentido.

Conexión.

Rendijas de luz entre células palpitantes
que transmiten ondas de energía
maravillosamente hermosa.

Ojos tristes.

Donde las pupilas
esconden las lágrimas vertidas
dentro de la oscuridad en la que hemos vivido.

Vértigo.

Sensación de estar sobre una cuerda vibrante
llena de melodías amables, agradables y dulces,
donde hacemos equilibrios
para mantenernos medianamente estables.

La alegría

La alegría llegó en forma de amigas.

Coincidimos en el tiempo y en el espacio un grupo de personas que arrastrábamos una profunda soledad, ya no solo por el hecho de no tener pareja sino también porque algunas cargaban una soledad de aquellas que han enraizado profundamente y que hacen que cueste, de entrada, recordar cómo era relacionarte con los demás.

Cuando te divorcias, normalmente, compartes amigos con tu pareja. Por regla general no acostumbran a tomar partido por ninguno porque os quieren a los dos y cuesta un poco volver a encontrar un nuevo grupo con el que salir o hacer actividades.

Yo no entendía demasiado de ordenadores y las redes sociales no eran lo que son ahora. Corría la época del Messenger y de los inicios de las páginas para conocer gente. Más que buscar pareja, lo que muchos necesitábamos era encontrar un grupo de afines en la misma situación de soledad con los que realizar actividades.

Y así fue como empezó una época donde la oscuridad fue sustituida por la ilusión.

Un fin de semana al mes me iba de casa para que mis hijos se pudieran quedar con su padre. No quería que por culpa de que yo me hubiera divorciado —otra vez la culpa!—, perdiesen el contacto con él. Esta fue la opción que se me dio. Me parecía bien que los niños no tuvieran que moverse de casa y estaba cansada de luchar. Firmé todo con la esperanza de que ellos estarían bien y al mismo tiempo para intentar recuperar a la mujer que fui antes de ser madre.

Quería sentirme bien. Tenía que estar bien. Tenía que hacerlo por mí y por ellos. Si continuaba por el camino de la tristeza solo transmitiría eso, y yo quería estar contenta. Ahora luchaba por recuperar la alegría.

Me apunté a un grupo que organizaba salidas los fines de semana. Todo comenzaba con una cena los viernes.

El primer día sentí tanta vergüenza que me presenté con un gran ramo de margaritas y las repartí a cada uno de los comensales, diciendo: *Hola, me llamo Montse, hoy comienza la primavera*. Quizá era noviembre, ni lo recuerdo.

Un tiempo después, las que ya eran amigas me preguntaron por qué lo había hecho. Aún hoy desconozco la respuesta. Supongo que deseaba que el invierno tan oscuro del que venía pasara cuanto antes.

Después de las cenas de los viernes, venía la excursión de los sábados o los domingos. Pasito a pasito sacudíamos la tristeza dejándola atrás, perdida entre el polvo de los caminos. Subimos montañas. Caminamos con raquetas de nieve. Esquiamos. Hicimos *Caminos de Ronda* bordeando el mar. Una noche de Sant Joan fuimos a la playa para bañarnos desnudas. Hicimos tertulias en la ermita de *nosedónde* para poder ver la luna llena. Daba igual si nos equivocábamos de noche y la luna no estaba ni llena o ni se veía. Pasamos fines de semana en Calella o Tossa. Bailábamos en cualquier local que encontráramos abierto. Reíamos. Caminábamos. Hablábamos. Hablábamos mucho.

Con todo esto quiero decir que no importaba lo que hiciésemos, sino cómo lo hacíamos. Con una alegría que nos contagiábamos por el simple hecho de compartir esos momentos.

Fue una suerte que coincidiéramos ese grupo de mujeres que nos dábamos fuerza y ánimos. Nos conocimos en las redes sociales y acabamos siendo una red de protección hecha de amistad. La recuerdo como una de las mejores épocas de mi vida.

También había hombres. A veces, incluso ligábamos. Algunos del grupo encontraron el amor durante aquellas salidas; diversas parejas se formalizaron y hubo un par de bodas.

Y nosotras... nosotras continuamos con la amistad a medida que el grupo se disolvía, poquito a poco, vencido por esa inercia que todo lo engulle: el paso del tiempo.

De locos y sabios dentro de la cabeza

Tal vez ha sido porque hoy me ha llegado un regalo inesperado o porque he podido hablar con una persona con la que conecto intelectualmente. Tal vez porque he movido una ficha pequeña pequeña para seguir adelante o puede que haya sido porque al leer mucho es cuando te das cuenta de la grandeza que supone saber explicarte.

Tal vez porque creo que aún tengo que leer mucho más para atreverme a escribir algo importante, o solo porque se han dado las circunstancias o, vete a saber... por cómo estaban los astros...

El caso es que hoy he escrito como hacía tiempo que no me pasaba. De esa manera loca en la que los pensamientos son más rápidos que los dedos y el entendimiento no se detiene a razonar qué carajo estás plasmando.

De esa manera que solo los locos entenderán, y que los sabios —pienso—, seguramente subestimarán.

De esa manera rápida y potente de un buen acorde musical del cual desconoces las notas que por segundos te atraviesan la piel pero que, loca, no puedes dejar de escuchar.

Y en mi locura, escribiendo y leyendo, me he sentido volar mientras espero, en reposo, la sacudida de los pensamientos que almaceno en mi interior.

En absoluta soledad, sin la esperanza —es evidente—, de que nadie entienda de lo que estoy hablando.

Veo una pequeña luz... costaba encontrarla.

Papa, 2012 (un año después de su muerte)

No hay un solo día que no piense en él.

Parece mentira que casi haya pasado un año..., el día de Navidad..., qué cojones...

Son de esas cosas extrañas que no tienen sentido: el mundo debería detenerse por coincidencias así, ¿no? Dejarnos tan siquiera unos momentos para poder entender y digerir y buscar las fuerzas para seguir adelante. Pero no... el mundo no se detiene por algo tan simple y evidente como es la muerte.

Durante este año he aprendido mucho de él. Y también de las personas que me rodean. Muchas, muchísimas personas me han hablado de él durante este año. Gente que ni conozco y que me ha parado por la calle para decirme que lamentaban su pérdida, que era un buen hombre o que lo echaban de menos, tomando un café. Cada vez que eso ha pasado... agradecimiento, un nudo en el estómago y un punto de orgullo.

Muchas veces he pensado qué habría hecho él en ciertos casos y he intentado adivinarlo para seguir un rumbo, para no perderme.

Ha sido como si todo se desmoronara un poco... como si cayera un puntal que sujetaba una vida y donde, además, se apoyaba la mía.

El día de Navidad tendrá para siempre el añadido de su adiós, pero lo seguiremos celebrando. No nos queda más remedio. Y porque pienso que él estará en nuestros pensamientos y corazones, compartiendo mesa.... porque, aunque no le gustara mucho ese día, lo hacía por nosotros.

Hacer lo que a veces no nos gusta demasiado por aquellos que se lo merecen. Es una de las muchas cosas que he aprendido de él.

Y todo lo demás: los desengaños, las preocupaciones banales, lo que puedan decir o pensar de mí.... cada vez me importa menos.

Al fin y al cabo... ¡hay tantas cosas que mueren y renacen cada día!

La sonrisa, por ejemplo. La que mi padre nunca perdió y que, aún hoy, me acompaña. Esa que cada mañana, como por arte de magia, renace en nosotros.

En mí.

Vidas que desaparecen

Vidas que desaparecen,
y aun después de haberse ido,
nos persiguen.

Papeles que nos atan
una vez que ya no estamos.

Lazos que no se ven
pero que permanecen
y nos aprietan.

¿Qué dejamos cuando nos vamos?
Dejamos el recuerdo,
el amor,
el cariño,
las risas,
los abrazos,
las sonrisas.

¿Qué queda cuando no estamos?
Queda el papel,
el lazo,
la obligación,
el compromiso,
la conciencia.
Queda la burocracia por encima del sentimiento.

¿Qué permanece en la memoria?

El creer que está en la esquina con su gorra,
esperar verlo sentado en el sofá,
el tacto rudo de su piel,
la jaula del canario limpia,
besarme, ser amable, quererme,
pensar que se puede sentir
orgulloso de mí
esté donde esté.

No pensar, actuar, moverse,
seguir seguir seguir.

Mi hermana 2

Estás conmigo cuando limpio las sardinas, tal y como me enseñaste.

Estás conmigo cuando leo un libro, porque te robaba libros a escondidas.

Estás conmigo cuando hago la escudilla de Navidad, que nunca me sale tan buena como a ti, (¿seguro que no usabas algún ingrediente secreto?).

Estás conmigo cuando escucho alguna ópera, cuando como en un japonés, o en mi desorden diario, que me recuerda tu orden: los sábados limpiar el calzado, guardar los botes de vidrio, coleccionar recuerdos, cada cosa en su sitio.

Y todo eso me tranquiliza. Tu presencia me acompaña siempre, por tanto, para mí... estás, y estarás siempre mientras yo pueda recordarte.

Y si algún día pierdo la memoria como la mama, también me pasará como a ella, que hay días que dice que la llamas y que ya ha hablado con Rosa María.

Y eso también está bien, ¿verdad? Porque en su batiburrillo de recuerdos que se pierden, todavía le hablas y la tranquilizas.

Creo que tú y el papa estáis *nosédónde*, sentados, sonriendo, comiendo espetec hasta reventar. Creo que nos hacéis compañía en la distancia, que nos ayudáis a tomar decisiones, que nos veláis... de alguna manera.

Primero tú. Luego él.

Los dos.

Hoy estoy segura de que lo hacéis.

De domingos por la tarde del pasado y del presente

Va perdiendo memoria. Poco a poco, de manera casi imperceptible. Mi padre me decía, poco antes de morir:

—*La mama no está bien. No está bien.*

Casi sin saber explicar por qué, él ya lo notaba. Pequeñeces. Detalles que te obligan a observarla dos veces, como si tu cerebro fuese incapaz de aceptar lo inaceptable.

Y lo llevas como puedes, lo mejor que puedes. Asumiendo el día a día.

Y de repente, unimos presente y pasado... vienen mis tíos a comer y se obra el milagro.

Recuerda aquellas tardes y aquellas conversaciones, y aquellos juegos, y a aquellos que ya murieron hace años.

Han estado en casa mis tíos y me han transportado a la época feliz de la infancia, a los domingos por la tarde en Granollers, a las comidas de Navidad. Antes de que todo cambiara, antes de que nos hiciésemos mayores.

Me doy cuenta ahora del gran regalo que representan estos recuerdos. NO los quiero perder.

Recuerdo a mi hermano persiguiéndome por el pasillo, levantándose con los pies como un viejo trapealista, corriendo tras de mí y abrazándome. Haciéndome sentir que él *estaba*, que formaba parte de mi vida, que siempre lo tendría.

O a mis hermanas, encerrándose en su habitación... *ieres pequeña, vete!*

Y pasa el tiempo y todos se van.

¿No creéis que es irónica, la vida? Que tengan que venir unos tíos (en realidad no son tíos, tan solo unos primos de mi madre),

para hacerme añorar esos tiempos pasados. Y para darme cuenta de que, en realidad, la familia que se suponía que tendría que estar, ya no está. Y otros, con los que no contabas, siguen estando.

Pero han venido y me han recordado que estuvieron. Cómo había sido mi familia antes de que se separara. Antes de que comenzara el éxodo.

Mi madre escucha y apunta viejos recuerdos que surgen de la nada... Y otra vez, *no recuerdo, no sé dónde está eso, no sé dónde he perdido aquello...*

Y observo, recuerdo y añoro a mi padre, sonriendo, amigo, presente.

Y para celebrar la visita hemos ido a comprar postres, ¡y cava! Como antes...

Y hemos reído, y hemos hablado y hemos recordado. Y me he dado cuenta de que me quieren. Mucho. Como yo a ellos. Y a pesar de que mi familia se vea reducida a unas pocas personas, las pocas que hay, estarán siempre.

Todo lo que el papa me explicó, de los otros, de mis hermanos, de mi familia... lo veo claro. Quiso avisarme, aconsejarme para el futuro. Ayudarme, aunque fuera en su ausencia. Que la vida es una mierda, ya lo decía él. Pero entonces miraba a mi hijo y añadía: *pero, qué le vamos a hacer... él nos necesita.*

Y yo lo necesito a él. Menos mal que queda ese resto de gente presente en mi vida: ¿qué importancia tiene el nombre? Lo que importa es que están.

Ayer, mientras tomaba un café en un bar del pueblo, se acercó un señor del que desconozco el nombre, se sentó en la silla de enfrente y entre avergonzado y haciéndose el despistado me dijo que echaba mucho de menos a mi padre; las charlas que mantenían tomando un café. El hecho de que siempre hablara, de que siempre saludara a todo el mundo.

Y tuve que luchar para no llorar, de tanto que lo echo de menos.

De mujeres y otros. ¿qué es el valor?

A menudo pienso en ellas, en las mujeres que me han precedido en mi familia.

Mi yaya Rosa, (de cal Saguet), con su carácter arisco que solo conseguí medio entender después de saber todo lo que había vivido durante la posguerra. Siempre recordaba un episodio que la marcó. Y lo explicaba a menudo, tal vez para justificar ese hermético carácter. Cuando vivíamos en la Rabeia^[5], los nacionales mataron al caballo de mi abuelo para comérselo. Y ella lo tuvo que cocinar. Además de criar a cuatro hijos y sobrevivir a todo. Puedo entender que se volviera dura como una piedra.

Mi madre, que también con tres hijos tuvo que instalarse en la ciudad y sobrevivir montando una pollería; pollos y conejos que mi padre (el pequeño de Cal Portalé), iba a buscar a las granjas del Vallés y a los que mataban en el sótano de casa. Ni sanidad ni hostias. *Todo legal*. Era pequeña, pero recuerdo perfectamente el ruido que hace un conejo al morir desangrado. Y recuerdo el sonido de los telares que utilizaban para hacer cuatro sábanas para vender. E imagino, qué putada, que llegara yo, con tres hijos ya medio criados... cuando ya estaban tan agotados que todavía no entiendo cómo tuvieron ánimos para criarme.

Por eso, en días como hoy, donde se habla tanto de la mujer (perdón por la irreverencia... ¿de qué cojones de mujer habláis?), en días como hoy, decía, pienso en ellas.

Y tal vez yo sí me pueda quejar... o tú, o ella, no lo sé, aunque quizá no haga falta. Quizá deberíamos empezar a ser realmente valientes como lo fueron ellas.

Sin tantas palabras y más hechos.

Lágrimas de madre

Te sientes encerrada y quieres irte, pero no te dejan.
Me lloras con los ojos secos, sin entender el porqué de nada.
No recuerdas que te perdiste y sufrimos mucho.
Tú sólo sabes que quieres irte, salir, volver a casa.

Pero no recuerdas que en casa ya no hay nadie..., no hay nada que hacer.

Yo recojo tus lágrimas y las hago mías,
porque me duele en el alma que no entiendas,
que no recuerdes, que no sepas.

Te explico, día tras día, el porqué de todo,
y si me entiendes, en un breve instante de comprensión, otra vez lloras.

Y te consuelo, te hablo de otras cosas y nos distraemos,
hasta que, con el tono más natural posible me vuelves a decir:
«¿nos vamos?»

Y todo vuelve a empezar.

Y me siento desfallecer viendo cómo te pierdo por momentos.
Y me entristece que no recuerdes, que no entiendas.
Y me siento madre de mi madre y madre de mis hijos.
Y pienso si no es todo esto una absurdidad de vida
en la que las cosas giran al revés de cómo eran.

Y cuando eso pasa, ¿cómo puedo mantener el equilibrio
entre lo que siento y lo que debo hacer sin que me duela?

Perdí a papá en un suspiro y ahora pierdo a la mama
al mismo ritmo que ella pierde sus recuerdos,
en un largo y lento olvido.

Su vida se desliza por los agujeros negros del universo de su
cerebro,
sin que yo pueda hacer nada.

Salvo consolarla y secarle
sus lágrimas de madre.

Queridos gobernantes

En condición de persona con discapacidad, y ante el temor de mi madre de que nos quiten la ayuda que recibimos, me planteo sugerirles lo que voy a necesitar en caso de que ella no pueda hacerse cargo de mi:

1. No puedo hablar. Necesito a alguien que entienda el lenguaje de la mirada y de los sonidos. Alguien que, con solo mirarme u oírme, adivine lo que me duele o si tengo hambre, sed, caca, si estoy triste o alegre.

2. Necesito que me levanten y que me den el desayuno, la comida, la merienda y la cena, así como varias gelatinas al día ya que no puedo beber agua a riesgo de asfixiarme.

3. Necesito que me den la medicación necesaria para no sufrir crisis convulsivas o cualquier otro achaque.

4. Necesito que me cambien el pañal cada cierto tiempo para evitar que me llague el culete; de ocurrir eso, el trabajo se multiplica y hay que hacer curas.

5. Necesito que me bañen en días alternos. Que me introduzcan en la bañera y me saquen a peso, ya que de momento no hemos podido acceder a ninguna ayuda para adecuar el cuarto de baño.

6. Necesito que me laven los dientes varias veces al día. Debido a la especial acidez de mi saliva corro el riesgo de sufrir caries. La visita al dentista supone aplicarme anestesia general, con los gastos y complicaciones que eso conlleva.

7. Necesito que me muevan los dientes de leche, porque no acaban de caer por si solos y que me aparten la mano de la boca cuando me la muerdo, porque me duelen muchísimo las encías.

8. Necesito que me corten las uñas, el pelo, que me limpien las orejas.

9. Necesito que me saquen a pasear al menos un ratito cada día, pues preciso que me dé el aire y percibir estímulos a mi alrededor que me motiven.

10. Necesito a alguien que sepa cantar canciones como «Puff era un dragón mágico», o el himno del Barça, porque me ponen muy contento y me muevo más.

11. Necesito que me pongan en el aparato «de estar de pie», para que mi columna y mis piernas cojan fuerza.

12. Necesito que me hagan cosquillas cuando me froten con polvos de talco si estoy lleno de picadas.

13. Necesito que me lleven al médico y hagan un seguimiento de la medicación que tomo. Y a alguien que se pelee en la farmacia para que se la sirvan, aunque no la hayan pedido o la entrega se haya demorado.

14. Necesito a alguien que me haga una comida equilibrada, que verifique que no me faltan ni leche, ni proteínas, ni nada que sea necesario para mi crecimiento.

15. Necesito a alguien que encuentre ropa de mi talla cuando se me va quedando pequeña. También que se dé cuenta de cuándo me aprietan los zapatos.

16. Necesito una persona que reciba por la mañana mis sonrisas al ver que empieza un nuevo día.

17. Necesito a alguien que reconozca mis dibujos animados favoritos y las sintonías de la tele que me atraen.

18. Necesito a alguien que me meta en la piscina y sepa cuándo tengo frío o estoy a gusto, y que me sujete fuerte para que no me hunda.

19. Necesito a alguien que me quiera, a pesar de mis dificultades y de mi discapacidad.

Necesito una persona que haga todo eso, toooooodos los años que sean necesarios.

Sin quejarse.

Sin desfallecer.

Sin acobardarse.

Y SONRIENDO.

Mi madre lleva haciéndolo 11 años.

Si ustedes creen que puedo tener todo eso, aunque nos quiten las ayudas, adelante. Si no fuera posible, me ofrezco para que ustedes me adopten cuando ella ya no pueda más.

Atentamente,

Marc

Miedos (2011)

En la tranquilidad de la noche, cuando los fantasmas afloran y el silencio ensordece, despierta asustada.

Sabe que tiene un montón de horas por delante hasta la llegada del alba, y que no podrá dejar de pensar. Y eso la aterra. ¡Malditos pensamientos que emergen en las horas brujas, cuando el mundo se detiene y los niños sueñan y la luna se obstina en hacer más bonito el cielo oscuro!

Y iqué triste el despertar de los llantos nocturnos, empecinados en quebrar un sueño que se pretende tranquilo! Aletargadas preocupaciones que despiertan junto a ella y se hacen grandes, ¡enormes! Que la cubren de una tristeza que avanza como la niebla, con paso lento, inexorable.

Noches en penumbra a la espera de un rayo que las ilumine, de un sonido, de un indicio de vida: de una sonrisa, una palabra, un gesto, una caricia, un sentimiento... Algo que le permita volver a zambullirse en el alivio del sueño reparador. Pero no hay nada de eso. Solo dudas, obcecadas en querer entender porqués sin respuesta; que buscan resquicios de esperanza y descifrar el significado oculto de unas simples palabras, de unas acciones, unas miradas...

Superada por unos hechos que la condicionan y la empujan, que arremeten contra ella, que la ahogan en un oscuro océano de incógnitas.

Y, al fin, reconocer que tan solo son sus miedos, que aparecen en la vigilia para tumbarse a su vera. Se dice que no es nada grave, que ya los conoce, que el hecho de no verlos en alguna ocasión no quiere decir que no estén siempre ahí. Y que a veces —muchas veces—, se arrastran para salir de su guarida. Todo consiste en

tratar de quitarles importancia. En saber esperar, en respirar hondo, en calmarse ante la avalancha de pensamientos que amenazan con aplastarla. En vivir los momentos sin pedir nada a cambio, sin esperar, sin anhelar. Porque eso es lo único que necesita...

Navidad, 2012

La impotencia regresa furiosa a su vida cuando ya casi había olvidado que siempre estaría presente. Desde el momento en que fue consciente de la realidad de su hijo. Y ahora, cuando había bajado la guardia, cuando se disponía a vivir con cierta tranquilidad, cuando casi se había olvidado del sufrimiento, nuevamente vuelve a aparecer. A lo largo de la noche y del día, bajo la forma de los gritos constantes del niño. Y no puede hacer nada. Intenta adivinar cuál es el motivo temiendo que otra vez la maldita causa esté en ese pequeño cerebro estropeado que no acaba de funcionar. El rictus, los gritos, su mirada, no son normales.

Pero no puede ir a urgencias solo por eso. Sabe que ir comportará que le realicen una serie de pruebas dolorosas a la criatura, sabe que ir será el principio de una estancia en el hospital sin fecha de salida, y que la enviarán de regreso a casa sin diagnóstico alguno. Y lo que es peor... sin ninguna solución.

Lo mira por encima de la pantalla del portátil mientras escribe. A veces sonríe. Una sonrisa forzada que surge de los espasmos que sufre su musculatura facial. Una sonrisa no deseada. Una sonrisa que esconde el dolor de unas neuronas que sufren. Una sonrisa maldita.

En ocasiones se muerde la mano, es inevitable que lo haga, la boca le duele. Sabe que no puede controlar esos mordisqueos que son la única forma que tiene para expresar una rabia que ella supone que siente. Pero no está segura. De hecho, no está segura de nada. Solo sabe que el niño grita, se muerde y ríe histéricamente y sin control. Se imagina acudiendo a urgencias, diciendo que su hijo no puede dejar de reír. Imagina que vuelva a ser un estatus epiléptico que lo lleve a la UVI. Imagina que sea un dolor de muelas y que tal vez esté dramatizando demasiado. Imagina que todo esto no es real. Que todo el sufrimiento, la impotencia, tienen que formar

parte de un sueño del que algún día, sin saber cómo ni cuándo, por fin despertará.

Mira el reloj por enésima vez. Parece que el tiempo no avance. Detenido en el momento en que el niño empezó a gritar.

Un mal día

Hay días, (esos días), en los que sin saber muy bien por qué, vuelves a hundirte un poco. Sabes que tienes cosas por las que luchar e intentas sonreír y seguir adelante. Y, sin embargo, te asalta esa tristeza áspera, incómoda, te envuelve en su manto y te dejas acoger. Sabes que pasará. Que quizá mañana todo adopte otro color. Pero, cuando menos lo esperas, aparecen esas lágrimas que abren surcos en tus mejillas.

Mucha gente me ha felicitado. Hoy es mi santo. Y sin embargo..., cuánta soledad siento por dentro. Qué difícil es andar con ella a cuestas a todas partes. Sentirse sola rodeada de gente. Sentir que nadie puede ver el dolor clavado bajo tu máscara de normalidad.

¿Qué es mi vida? ¿Un constante tira y afloja de mis estados de ánimo? ¿Una lucha sin tregua para conseguir ser feliz? Ser feliz, ¿para qué? ¿Para mí? ¿Para poderlo compartir con alguien? ¿Con quién? No existe ese alguien. Creo fantasmas al imaginar cosas que nunca se cumplen. Gente que pasa por mi vida una semana, un mes. Gente a la que cojo cariño y acaba desapareciendo. Extraños que siguen su vida al margen de la mía, una y otra vez. Mi vida pequeña. Mi pequeño mundo. Mi universo de estar por casa. Mis pocas ganas de creer. Quizá es la costumbre. Puede que ya no haya retorno y me haya acostumbrado a esta soledad. Quizá soy incapaz de compartir mi vida. Puede que no sepa. Tal vez olvidé lo que es eso.

Vulnerabilidad

Me gustan las personas que son fuertes de espíritu. Las que aprenden de los errores. Pero no me gusta que lo sean porque deban serlo, o porque sean incapaces de mostrarse vulnerables. Ser vulnerable no es ser menos fuerte, es ser capaz de mostrar tu interior y para eso hay que ser no solo fuerte, sino muy valiente.

No quiero ser fuerte para nadie: lo soy por mí. Y aun siendo fuerte por mí, también soy vulnerable, y lloro, y tengo miedo, y me cago en todo!, algunas veces sufro. Y no por eso soy menos fuerte. Al contrario.

Asociamos la frase, «*¡qué fuerte eres!*» a una alabanza, pero no decimos como alabanza: «*¡qué sensible eres! ¡cuánta vulnerabilidad desprendes!*» Tengo la impresión de que la vulnerabilidad es algo que tiende a esconderse, a dejarse para la intimidad.

Nos han enseñado a mostrar nuestra fortaleza antes que nuestros temores. Y voy al revés del mundo, porque cada vez que muestro mi sensibilidad o mi lado vulnerable, es cuando me siento realmente fuerte. No me da miedo mostrarme. Me daría miedo tener que esconderme. Así que, sí, quizá sea valiente, porque a estas alturas, poco me importa mostrarme tal cual. Creo que lo llaman conciencia tranquila. O algo así.

Y no pasa nada.

En el fondo, todos somos humanos intentando sobrevivir.

Carta de Marc

Me llamo Marc, tengo casi 12 años, y mi madre es mi voz, mis brazos, mis piernas, mi sonrisa y mi vida. Ella me alimenta, me viste, me pasea, me cambia los pañales, me limpia, me acuesta, me hace cosquillas y me habla cada día.

Me pregunto quién se va a quejar por mí y por todos aquellos que, como yo, no pueden hacerlo.

A los que tienen familiares discapacitados les están obligando a tenerlos en casa día tras día, sin hacer nada, sin ayudarlos en nada, sin potenciar sus pequeñas facultades, sin permitirles incorporarse a un mundo laboral o social, aunque sea mínimamente.

Para quien no sepa de qué estoy hablando, preguntaros cómo sería vuestra vida con un bebé eterno en casa. Las que sois madres, seguro que recordáis como algo maravilloso el lazo que os unió a esa personita. Ahora bien... plantearos ese lazo de por vida, con los horarios establecidos, con la necesidad de alimentación, higiene, cuidados básicos... unidos para siempre a vosotras.

Las personas con discapacidad como yo, tenemos un don... el don de capacitar a quien nos cuida, pues tiene que suplir nuestras carencias; ser brazos, piernas, cabeza... Deben olvidar que su vida es suya y asumir que ahora también pertenece a otro.

Veamos lo que tiene que hacer, cada día, mi capacitada mamá.

Tiene que levantarse de la cama para levantarme a mí de la mía. No puede remolonear hasta muy tarde, puesto que entonces, cuando me entra el hambre grito hasta que venga, porque no me puedo levantar solo, no puedo hacer nada que ella no me haga.

No es fácil darme el desayuno, puede tirarse una hora tratando de evitar que yo no escupa la comida porque aún no sé tragar muy bien. ¿Cómo logra hacer algo tan complicado? Todavía no me lo explico. Pero, aunque le cuesta, lo hace genial.

Tiene que lavarme y vestirme.

Si me aburro, me quejo con sonidos o llantos. Mamá tiene que mantenerme entretenido toda la mañana y no dejarme sin vigilancia porque no puedo prever las caídas ni evitar deslizarme entre los barrotes de la cama. No puede descuidarse en ningún momento.

Tiene que hacerme el almuerzo, dármelo, conseguir, otra vez, que coma sin ahogarme, darse cuenta ella solita de lo que más me gusta o de lo que no soporto. Debe procurar que me alimente a toda costa, tarde lo que tarde; de no ser así la única alternativa sería una sonda (que también dependería de ella).

Tiene que cambiarme los pañales, comprobar que hago mis cositas correctamente y que no dejo de hacerlo.

Tiene que asearme y lavarme a menudo los dientes, porque la acidez de mi saliva los corroe con facilidad y eso me provoca unas caries que precisarían de anestesia general para poder curarlas.

Tiene que tenerme ocupado por la tarde, hasta la hora de la merienda.

Tiene que bañarme, porque, aunque yo pese casi 30 kilos, no se puede permitir los costosos cambios de adaptar nuestro baño, así que me baña como mejor puede, aun a costa de su espalda.

Tiene que darme la cena, ponerme el pijama, acostarme y esperar a que pase una buena noche, ya que si me duele algo solo lo sabrá por mis llantos. Por más que me esfuerce no le puedo decir lo que me pasa. No puedo hablar. Solo la puedo mirar e intentar transmitirle mi dolor, y confiar en que, una vez más, se encienda ese sentido especial que posee para adivinar lo que me pasa. Y entonces me dará la medicación adecuada, y me cantará mi canción preferida, y me acunará hasta que me duerma, tal y como lleva haciendo estos casi doce años.

Y así, día tras día, para siempre, por siempre.

Mi mamá no tiene horarios libres para salir con sus amigos, no tiene tiempo para ir de compras o para salir a cenar, no puede disponer a su antojo de sus días, no puede improvisar una salida sin

más, no puede hacer muchas cosas. Tampoco puede estar sin hacer nada de nada, mirando el techo, por ejemplo, con la mente en blanco.

Hace tiempo, otra gente como yo encontró su sitio: escuelas y talleres donde los atendían unas horas al día, dejando un margen de maniobra a los familiares para hacer una vida más o menos normal.

Pero he oído en casa que esos servicios los están recortando. Y las ayudas, y el profesorado, y las becas...

¿Quién va a quejarse por estas personas?

¿Quién va a poner voz a los desfavorecidos?

¿Quién va a ayudarlos a poder salir de casa, a sentirse útiles, a ocupar su tiempo?

También he oído que lo mismo ocurre con otras personas: abuelos y abuelas con una enfermedad (*alzhéimer*, creo que se llama), que requieren del cuidado constante de aquellos que los aman y que deben dejar su trabajo, su ocio, su vida, para cuidarlos. Hasta ahora percibían una pequeña ayuda de unos euros al mes por una atención que abarca las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año.

He oído que volvemos atrás, que perdemos nuestro estado del bienestar. Pero, yo me pregunto: ¿vivir con dignidad debería considerarse un estado de bienestar?

¿Quién será la voz de los que no pueden quejarse, ni reivindicar, ni manifestarse?

¿Quién será la voz de los que dependen de otros para vivir?

¿Quién será la voz de los sonrientes, de los «tontos» de este mundo?

¿Quién será la voz de los que han olvidado su nombre o qué día es hoy?

¿Quién será la voz de aquellos que no pueden andar, ni gritar, ni quejarse?

¿Quién será la voz de los callados?

¿Qué será de ellos, cuando no los puedan cuidar?

Marc

Conseguir que vuelva a sonreír

Tengo un hijo tan fantástico que siempre ríe. Es una ventaja, pero también te malacostumbras. Porque entonces, cuando se queja o llora, sabes que algo le pasa, que algo no funciona, pero no sabes qué es. Observas y escuchas y te fijas e intentas descifrar y piensas y estás pendiente. Su plañido constante acaba por meterse dentro de tu cerebro y no sabes qué hacer ni cómo actuar porque desconoces lo que le está pasando.

Y te olvidas del mundo, y el tuyo se encoge hasta quedar reducido a lograr que vuelva a sonreír.

Y no puedes leer, ni dormir, ni descansar, ni salir, ni estar tranquila. Y el peso de los años se te viene encima y lo aguantas, agotada, porque sabes que cuando todo se arregle, él estará bien.

Aceptación

Mañana será otro día. Pero el de hoy es un horror. Hay momentos en que, de nuevo, me cuesta aceptar que mi vida está rematada y jodidamente unida a mi hijo.

(¡Métetelo en la cabeza, estúpida!).

Aceptar que no me puedo ir, ni quedar, ni salir, ni hacer planes. Y encima, esta mala conciencia por pensar así. (Nos han enseñado que no nos podemos quejar, que cada uno tiene lo que le toca).

Y me pregunto por qué sigue costándome tanto aceptar que está prohibido soñar. Ni me lo puedo permitir, está claro. *Es lo que hay. Punto pelota.*

Una semana para mí sola era lo único que pedía. Sin tener que estar pendiente las veinticuatro horas de mi hijo. Una semana para cargar pilas, para no pensar en nada, para marchar y desconectar.

Y no lo tendré. *¿Cómo se me ha ocurrido?*

Me pregunto cómo he podido llegar, ni tan solo, a imaginarlo. ¡Estúpida de mí! ¿Cómo es posible que no haya aprendido, a estas alturas, cuál es la puta realidad? ¿Y cómo puede ser que aún sueñe para nada?

Me daría de hostias cada vez que me pasa. *¡Cojones, Montse ponte las pilas! Que parece que en 14 años no hayas aprendido nada.*

No envidio la libertad. La añoro.

Mañana será otro día. Pero el de hoy es un horror.

Convulsiones

Es difícil describir cómo te sientes cuando ves a tu hijo convulsionar. Le hablas, lo tocas, intentas que vuelva. Imaginas sus conexiones sinápticas cortocircuitando entre neuronas. Imaginas chispas en el interior de su cerebro, como cuando saltan los plomos o explota una bombilla.

No funcionan. Las conexiones no funcionan. Y no puedes hacer nada. ¡Tócate los cojones!

Su cara es de dolor, se transforma, la boca se tuerce, los ojos se van hacia arriba, los músculos se tensan, te mira sin verte. Y no puedes hacer nada. ¡Tócate los cojones!

Y te quieres morir. Literalmente. Todo te da igual: los amores, los desamores, la crisis (*¿qué crisis?*), los problemas del día a día, el dinero, todo desaparece.

Y, de repente, te descubres cantando sus canciones preferidas...

Les nenesmaquesaldematí... plouifasol...

Y todo solo para hacerlo volver, tratando que su cerebro se detenga un momento y vuelva contigo. Y te sientes cargada de culpa. *¡Fuiste tú quien quiso tener este hijo!*

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y acabas haciéndote las mismas preguntas que ya te hiciste hace catorce años. Y piensas que no has avanzado. Y te derrumbas. Y quieres que acabe la pesadilla. Pero cada día vuelve. Más fuerte, más clara, más evidente.

Y piensas en hospitales, en si hace falta llamar al 112, en pinchazos, en pruebas, en electros, EN DOLOR. Y no puedes soportarlo y te quieres morir. Literalmente.

Y te aferras a Laia (¡qué bendición!), a las amigas, a la música, a las cosas buenas de la vida... pero... si vuelves a escuchar a tu hijo

gritar, todo pierde sentido, y te sorprendes al advertir cómo el significado de lo que consideras importante cambia a medida que aumentan sus gritos.

Nada lo vale. Nada.

Ver a un hijo sufrir no tendría que pasar nunca. Nunca. Si existiera un Dios, tendría que prohibirlo.

Y te vas a dormir, pero no descansas: escuchas, te mantienes alerta, vigilante. Y piensas que pasará..., y a la vez te aterroriza horriblemente imaginar qué más puede pasar. Y no quieres pensar.

Noquierespensarnoquierespensarnoquierespensar.

Y lo único que deseas es dormir sin tener que escuchar cada sonido, cada silencio, cada respiración, cada gemido. Y sabes que nadie que no lo haya vivido te podrá entender. Y sabes que sois tú y él los que lo afrontáis. Y cada día estás un poco, un poco, un poco más cansada.

Solo quien lo vive sabe lo que es.

Y haces bromas en *Feisbuc*, y escuchas música que te hace volar, e imaginas que la vida es esto, escuchar música, quejarte de los problemas del mundo, poner chistes, sonreír, parecer maja y buena persona. Y cuelgas una foto y te dicen que estás guapa. Y piensas, *¿y qué? Si nadie se imagina lo que estoy viviendo.*

Nadie sabe nada de mi vida. Y en realidad... estás destrozada, eres un pedazo de ser humano que solo lucha por vivir un día más, que solo quiere ver feliz a su hijo, que no sufra, que se sienta bien. Y te sientes tan absurda en este mundo que no entiendes qué cojones está pasando.

Y te vas a dormir con la esperanza de que mañana será mejor. Porfavorporfavorporfavor. Y no sabes a quién rezar. Y no sabes si explicarlo o callar. Y lo acabas escribiendo, solo para ti.

La madre... el hijo (escrito de 2013)

Parece que es de día..., «¿qué es «de día»? Para mí es cuando se me va el sueño. Se entrevé un poquito de luz en ese sitio mágico desde el que la mama hace salir el sol. Dice, «*ibon día, rei!*» y hace algo que abre el paso a la luz. Ella dice que levanta la persiana. Yo no lo sé. Solo sé que hace magia y aparece la claridad del día. Y a mí me hace tanta gracia que me echo a reír

Se acerca, y me come la panza. Y yo río más... *pero, ¿qué hace?* Ella las llama *cosquillas de buenos días*. Yo no lo sé decir, pero me hace reír, y los dos nos tronchamos de buena mañana.

Supongo que es bueno, porque me hace feliz. Entonces ella me dice... «*voy a buscar el almuerzo, ¿vale?*» y yo sonrío, porque la entiendo, ¡y tengo hambre!

Y soy buen chico, y me espero dando volteretas sin decir demasiado. Sé que ahora vendrá. Y entonces vuelve, y me cambia el pañal y siempre, siempre, me felicita por haber hecho pipí. Siempre me llama campeón. Y me cambia el pañal mientras me canta y me viste con ropa limpia y me coloca bien los pies, y me dice, «*¡arriba!*», y yo hago lo que puedo, y riendo y riendo, me levanto.

Y me sujeta fuerte fuerte contra ella y bailamos hasta el sofá. Y río, y salto, y le demuestro cómo soy de feliz cada día cuando me despierto y la veo.

Creo que lo sabe.

Espero que lo sepa.

No sé darle besos, ni decir que la quiero, no sé cómo hacérselo saber si no es con una sonrisa.

Creo que lo sabe... creo que lo entiende.

¡Mi madre es muy lista!

¡Al menos, conmigo!

El topo

Hoy he visto un corzo corriendo por el campo. Leí que algunos agricultores se quejaban de la proliferación de estos animales porque, como los jabalíes, les estropean algunas cosechas. Y me he acordado de mi topo. Me gustan los animales, pero acabé persiguiendo a ese pequeño cabroncete el año que puse un huerto.

Por las tardes cogía a mi hijo y a mi madre y los llevaba allí, mientras yo plantaba, araba, regaba y quitaba hierbajos. Planté tomates, lechugas, calabacines (¡cómo se extienden los jodíos!) y más cosas que no recuerdo. El caso es que las lechugas desaparecían. Tal cual. Como si se las tragara la tierra (técnicamente era lo que ocurría). Y entonces vi el túnel.

Un vecino que me aconsejaba en temas del huerto miró el agujero con ojo experto y me dijo: «tienes un topo». Yo pensé que la frase seguiría: «...en el equipo», como en los thrillers, ya sabéis, pero no. Era el topo de mi huerto, contra el que libré una dura batalla.

Le cerraba los túneles. Los hacía de nuevo. Se los inundaba y volvía a plantar las lechugas. Siempre desaparecían. Me venció. Me agotó. Capitulé. Por eso sé lo que jode que te estropeen lo cultivado (mientras escribo esto me doy cuenta de lo alegórico que resulta).

Decidí no plantar, ni tapar ni inundar. Ganó él, e imagino que sus descendientes seguirán viviendo en el huerto.

Un día de estos igual les hago una visita. A los dueños del huerto, no al topo.

Pasar la hora

Existe una hora al día que antes era la hora alegre, la hora de la felicidad, de las sonrisas, de los reencuentros... Ahora se ha convertido en una hora oscura; la más difícil de pasar.

Supongo que cada pareja debe tener la suya, pero la mía (la nuestra) era esta: cuando él llegaba a casa y me besaba, y sonreía al verme, y me explicaba cómo le había ido el día, y me preguntaba cómo estaba, y me cogía fuerte por la cintura y me abrazaba como si hiciera años que no me viera. Y me estaba pasando a mí... ¡increíble!

Y ahora, es esa hora negra en la que recuerdas lo agradable que era compartir la vida con alguien que te quería y te lo hacía sentir, que se preocupaba, que explicaba y preguntaba, y que, entre medias, reía. Y te parece recordar que tú también reías... ¿Reías? Reíais juntos. Y hablabais de lo que haríais para cenar, o de lo que habíais comido, o de las noticias del periódico, o de los chistes de Facebook.

En toda relación hay una hora dorada. Ese momento especial que con la separación se ha convertido en negro, oscuro, difícil de tragar, difícil de adaptar a la nueva soledad que te rodea.

¡Todos están tan ocupados! ¡Todos tienen tantas cosas que hacer! Y en realidad creo que todo el mundo tiene su hora negra, aunque no lo reconozca... Tabús, lo sé... aquella donde los miedos y las tristezas te arrastran hacia las preguntas sin respuesta.

No hay un por qué, ni siquiera un cómo. Simplemente recuerdas lo bonito que era. E intentas pasar la hora negra lo más rápido posible para dejar de sufrir. O, al menos, para sufrir un poquito menos cada día.

El adiós

«Si te vas me moriré».

Pues no. No te mueres.

Algo se rompe en tu interior,

y cuesta volver a sentir el olor de la lluvia.

Agotas las lágrimas y no sabes encontrar la alegría,

pero no, no te mueres.

Y con el tiempo, resucitas de esa no muerte.

Y con suerte, vuelves a la vida.

A los animales heridos

A los animales heridos les cuesta mucho, después de recibir varios mordiscos, volver a confiar en alguien. Se lamen las heridas, las externas, las visibles, pero tienen otras dentro del alma que no se ven y que son las más difíciles de curar.

Se sienten atacados fácilmente y huyen como alma que lleva el diablo cuando el instinto de supervivencia se lo indica. Salen de la madriguera de tanto en cuando, pero si no se sienten seguros o no lo ven claro, vuelven a él dejando sus pisadas en la arena sin mirar atrás. Porque si atacas a un animal herido te responderá con mordiscos. Porque no soporta más dolor y escapa de cualquiera que se lo provoque.

No son animales malos.

Solo son animales heridos.

Con mi hijo

Con mi hijo,
aprendiendo el valor del tiempo,
del tiempo disponible
del dedicado
del silenciado
del tiempo perdido.

Con mi hijo,
aprendiendo el valor de una mirada,
de un instante fugaz
de un rayo de sol que
se esfuma por el ocaso,
de lo fácil que es estar,
si se quiere.

Con mi hijo,
al que nadie llega
ni a la suela de los zapatos,
por más cargos que tenga,
por más ocupaciones,
actividades,
cosas que hacer.

Con mi hijo.
Que siempre está.

Sin vuelta atrás

Caminó hasta los límites del bosque y se paró a observar.

Los árboles se cerraban en abrazos dando una sensación de oscuridad que lo abarcaba todo.

Se detuvo, indecisa, y meditó durante un instante dar media vuelta y volver a la claridad de su tranquila vida. Pero sabía, en su interior, que no era posible. Solo tenía el camino delante para avanzar. No había vuelta atrás.

Y con paso trémulo, pero decidido, se adentró en la falsa oscuridad de la arboleda, imaginando que el sol brillaba, tan lejanamente cercano que ella no alcanzaba a ver.

Y paso a paso venció sus miedos y se adentró en el bosque, ahora ya sí, segura de no querer —ni poder—, volver atrás.

Mi carril

No sé cuándo dejan de dolerte las decepciones.

Deberían tener solución. Como ir al dentista: extracción de sentimientos y fuera dolor. O que lo pasaras de pequeñito y ya te lo quitaras de encima. Como las paperas o la varicela. Marcar con una crucecita en un cartoncito y tachar para siempre esa sensación.

No sé a qué edad se aprende a no confiarse demasiado, a escuchar con cuidado y a desechar el halago falso. Y sobre todo el halago extendido, el plural, el no personal, el generalizado. Es muy fácil acostumbrarte a sentirte querida y costoso superar el que te ignoren.

Cuando te ignoran te vuelves pequeñita y te preguntas qué has hecho mal. Y resulta que no has hecho nada. A lo mejor sólo te has cansado de dar siempre el primer paso, de interesarte, de preocuparte, de preguntar. Y cuando dejas de hacer eso, *pum...* el silencio.

Entonces entiendes que, como tú, el que entrega demasiado se queda sin nada.

Y hay que aprender a vivir con ello porque en realidad es un defecto y no existe cura. No hay extracción y fuera dolor. Hay aprendizaje, quizá. Entregarse no es bueno, porque, aunque debería ser bidireccional acaba siendo un carril de dirección única. Y eso no es justo.

Tampoco es una solución desconfiar de todos, pero a medida que te pasan estas cosas vas dejando de creer tan alegremente en la gente, porque te das cuenta de que resulta fácil que te estés engañando. Y debes aprender a quererte, a pesar de saber que sigues cagándola con ese autoengaño del que sólo tú eres responsable. Nadie más.

Y aprender a decirte: *«Eh, no está siendo un carril de doble sentido. Vas sola y en contradiirección. Para el motor y revisa lo que estás haciendo, porque la única que se va a estrellar serás tú»*.

Y volver a circular por tu carril con la tranquilidad que da el saber que te equivocaste; perdonándote y aprendiendo.

Back (mi perro, que vivió dieciocho años)

Te vas... Poco a poco, sin hacer demasiado ruido. Casi resulta un esfuerzo respirar, abrir los ojos. Apenas te quedan fuerzas para dejarte mimar por mí, por Laia, por tu familia a lo largo de dieciocho años.

Te vas... Con los ojos cerrados y la boca cerrada, temblando quién sabe si de frío, de miedo o de dolor. Estás a mitad de camino... ese al que denominamos «sin retorno».

Y, a pesar de eso, espero un poco más, (*¿puede que te recuperes?*) Inútil pregunta con una clara respuesta que conozco desde hace días y que todavía me hago. *Esperemos un poco, puede que se recupere...* Pero no nos podemos rehacer de la edad, del transcurrir de los años. Aún no se ha inventado, ¿verdad?

Y te miro y no sé qué hacer, si esperar o no esperar, si acompañarte tranquila hasta el largo sueño, sabiendo que no sufrirás o esperar, tal vez, un poco más (*¿y si se recupera?*) Pero tiemblos y no puedes levantarte, y me miras suplicando (*¿o eso me parece a mí?*) y no soporto verte sufrir, y llamo, y pido hora, y lloro, y llora Laia, y todos estamos tristes...

Dieciocho años son una vida, la tuya, la que iniciaste a nuestro lado cuando ella justo empezaba a caminar. La que nos has acompañado, aquí y allá, durante días buenos y malos, viendo cómo crecía la niña que te estiraba del rabo, viéndonos a todos caer y remontar, siguiéndonos a donde fuéramos, siempre fiel, malencarado, *¡qué perro más feo! Pero, ¡cómo lo quiero!* ¡Y qué superviviente! A infecciones, a peleas, a cambios de casa, a separaciones, a uniones... a todo has sobrevivido... hasta que la vida se te escurre por un reguero de baba que te cae de la boca.

Te acaricio... no quiero que tiembles más... no. Y lloro mientras te duermes... y pienso en lo fácil y complicado que resulta dejar este mundo... Y ya te añoro mientras te alejas y por fin..., dejas de temblar y descansas.

Y sigo llorando.

Abril 2015

Se tomó su tiempo. Tan necesario a veces como incomprensible otras. Y observó el devenir de la vida, saboreó los acontecimientos, escarbó en los seres que la rodeaban, olfateó el ambiente, amó apasionadamente, respiró con calma.

Troceó su alma, aparcó el corazón. Se decidió a vivir la vida real, sin máquinas ni pantallas.

Salió a las calles y las recorrió con paso lento, imperceptible apenas.

Y alcanzó cimas, bordeó costas, viajó a nuevos lugares, conoció nuevas personas, regó nuevas plantas, cató nuevos platos, escuchó otra música, leyó mil libros, observó la luna y el sol y las estrellas.

Y pensó. Pensó mucho. Pensó en las personas que había encontrado en su camino, lejanas en el terreno, cercanas en el alma..., en las que se perdieron en el olvido, innecesarias, perjudiciales, en las que quedaron para siempre entrelazadas en pensamientos de cariño...

Pensó en las que estaban por llegar a su vida, con sus realidades a cuestas, con sus miedos y sus alegrías, con sus esperanzas.

Pensó en cómo quería que fuera su vida a partir de ese día. Se planteó si había metas que conseguir, espacios que habitar, mundos por descubrir. Se preguntó si estaba viviendo la vida o solo se estaba dejando llevar por ella.

Y sonrió. La sonrisa apareció suave, desde dentro, fluyendo de las entrañas hasta aparecer en su rostro. Tenía tanto por hacer aún.

Libros por leer, películas por ver, música por escuchar...

¡Tanto por sonreír!

¡Tanto por vivir!

Decidió dejar libre su alma para que ordenase su vida.

Gracias

A los que habéis aparecido en mi vida para compartir conmigo los buenos y malos momentos.

A los que habéis salido de mi vida para no compartir ni los buenos ni los malos momentos.

A los que siempre habéis estado ayudándome cuando lo he necesitado.

A los que nunca me habéis ayudado aun estando cerca.

A los que nunca me falláis, pase lo que pase.

A los que me fallaron cuando los necesité.

A los que me animáis en los momentos complicados.

A los que pasáis sin saludar.

A los que tenéis en cuenta a mis hijos.

A los que los ignoráis.

A los que puedo llamar en un momento de urgencia.

A los que nunca podré llamar ya.

A los que apreciáis el valor del cariño y de la amistad.

A los que os llenáis la boca de ello y no sabéis su significado.

A los que nunca me habéis decepcionado.

A los que tanto me decepcionaron.

Gracias a todos, porque el resultado es la persona que soy.

La que es consciente de quién le rodea.

La que se siente acompañada por gente buena.

La que sabe con quién puede contar.

Ni mejor ni peor, pero saliendo adelante a pesar de todo.

Encontrándome (inicios 2016)

De repente entiendo que todos aquellos que pasan por nuestra vida cumplen una misión. Una misión con un final ni esperado, ni deseado, pero necesario. Él me ayudó a pasar la adolescencia de Laia con alguien a mi lado y me enseñó lo que se siente cuando te notas querida y cuidada.

Pero, justamente cuando Laia se ha hecho mayor y es una mujer maravillosa, ha decidido que su función ha finalizado. Por tanto, no quiero llorar más, quiero sentirme agradecida por lo que he vivido y volver a ser la Montse que era antes de su llegada. Una persona feliz, inteligente, inquieta, curiosa, imperfecta, alegre, que disfrutaba de cada segundo de la vida, de la compañía de la gente, que no se encerraba nunca en la tristeza. Esa soy yo.

A veces, cuando más perdido estás, es cuando te encuentras. No digo que todo esté ganado, pero creo que estoy en el camino correcto para conseguirlo.

Seguir bailando

Dos cosas que me han dicho —con un día de diferencia—, dos personas que me conocen mucho:

—*Eres tan maravillosamente peculiar.*

—*Eres un desastre entrañable.*

Sé que está dicho con mucho amor, porque me quieren y las quiero, pero no puedo dejar de pensar que seguramente tienen toda la razón del mundo. Y eso me inquieta un poco.

No quisiera ser un desastre (aunque lo soy), por más entrañable que resulte. Quisiera no meter la pata tan a menudo, ser más racional, darme cuenta de las cosas antes, no llorar tanto.

Y no quisiera ser peculiar, sino normal, alegre, cómoda y feliz conmigo misma. No sé si lo conseguiré algún día.

Tal vez es sólo que me cuesta quererme así, con mis desastres y mis peculiaridades. Puede que aceptarse lleve su tiempo.

No confundirme. No ilusionarme. No pensar tanto.

A veces, solo necesito desconectar.

Así que, como decía Al Pacino, en *Esencia de mujer*: «*No hay errores en el tango, no es como en la vida. Es sencillo, por eso es tan hermoso. Si cometes un error, si te haces un lío, sigue bailando*».

Entonces... solo queda seguir bailando.

Tan sencillo como hermoso.

Como el tango.

Siempre adelante

Detrás de la sonrisa,
presente todos los días,
ocultaba un alma herida
con la que aprendía,
quisiera o no,
a emprender el vuelo solitario,
el único y necesario
para seguir adelante.

Era una mujer enganchada a una sonrisa,
pero con el alma oculta,
rota
y escondida en el baúl del olvido.

Y reía, y bailaba.
Y nadie la conocía en realidad,
Y, tal vez, tampoco hacía falta.
Demasiados años sobreviviendo
como para necesitar algo o a alguien.

Y bailaba, enloquecida,
bajo la luna y ante miradas desconocidas
diciéndose que aún sabía.
Bailar, me refiero.

Y la luna y las estrellas aplaudían,
y eran el mejor público

y la mejor compañía.
Y era feliz.

MarcMarcMarc

Cuando Marc consiguió la plaza de residencia asistida intenté aceptar su marcha como la de un hijo más que se independiza, pero resultó imposible. Quizá porque durante dieciséis años lo cuidé las veinticuatro horas del día y me costaba asimilar, e incluso comprender, que a partir de ese momento cuidarían de él otras personas.

Y ahora —cuando creía que lo peor había pasado—, me enfrento a algo que, como siempre, es peor que lo anterior, y peor que lo anterior y peor que lo anterior... Porque todo lo que ocurre, siempre, es peor que lo anterior.

Marc está bien, Marc está bien, Marc está bien..., repito como un mantra, con el alma quebrada tras el golpe de la separación y no logro contener las lágrimas.

Tengo que seguir. Seguirseguirseguirseguiriseguir!

Lo conseguiré... Algún día.

Desaprendiendo

Para desaprender tienes que tener muy claro qué es aquello que aprendiste y que ahora no te sirve. No es lo mismo que olvidar. Al contrario, para desaprender, es necesario recordar.

Con un poco de práctica puedes llegar a identificar todo aquello que no te sirve. Quizá has comprendido mejor las cosas, o tu vida ya no es la que era.

Desaprender lleva trabajo. Cuesta mucho. Puede que sea más difícil que aprender porque, para desaprender tienes que saber dónde está el error, aquello que te está haciendo daño sin que ni siquiera te lo plantees.

Hay días en que aprendes a desaprender.

Por ejemplo:

—*Aprendimos que debíamos encontrar a alguien con quien compartir la vida*, y ahora desaprendemos eso, porque sabemos que, en ciertos momentos, eso no nos sirve de nada, más bien al contrario, nos frena e inutiliza. Por tanto, desaprendes a creer en el amor como algo que va ligado a la felicidad.

—*Aprendimos que teníamos que confiar en los que se supone que nos quieren*, pero a veces, eso puede no ser cierto. Quien menos esperamos nos puede fallar. Entonces, desaprendes a confiar a ciegas.

—*Aprendimos que los amigos están siempre ahí...*, y tienes que desaprender esa idea, porque, ¿cuántos a los que considerabas amigos han desaparecido, se han esfumado? Sí, hay amigos. Pero a veces se apartan, y la vida sigue. Así que, desaprendemos que los amigos estarán siempre a nuestro lado.

—*Aprendimos a querer y a esperar ser queridos*, y debemos desaprender esa regla de tres que en un buen número de ocasiones no es equitativa. Solemos dar más de lo que recibimos, y

aprendemos eso, a no esperar nada de nadie. Conclusión: desaprendemos a esperar que nos quieran, tal y como nosotros queremos.

—*Aprendimos a portarnos bien con la condición de que si éramos buenas personas la vida nos trataría bien.* Grave error. La vida te trata, y punto. Seas como seas. Debemos desaprender a creer que por ser buenos todo va a ir mejor, pero también aprender que ser buenas personas nos ayudará a estar en paz con nosotros mismos. Y eso no es poco.

Fortuna o... a-fortuna-da

A veces me olvido de lo más importante, lo reconozco. Una piedra puede ser tan solo una piedra o una piedra especial, única y maravillosa. Lo mismo ocurre con cada uno de nosotros. A veces pensamos que solo somos meras piedras.

Tiendo a dejarme llevar por las circunstancias o los sucesos que me acontecen, como la piedra arrancada al lecho del río. Tal vez sea humano, no digo que no, pero... Me rebelo para no olvidarme de las cosas cruciales y, aún más, de las personas importantes.

Tener trabajo es relevante. Y que me encante, es una suerte.

Saber leer y escribir es importante, y que además me guste, es una suerte.

Mis hijos no es que sean importantes, es que son fantásticos. Laia y Marc son lo mejor que he hecho en la vida. Tener los hijos que tengo, es una suerte.

Mis padres son importantes, y tener a mi madre aún, es una suerte.

Mis amistades son importantes, y disfrutar de la oportunidad de conocer otras nuevas, es una suerte. Reencontrarme con las amigas de Badalona, es una suerte. Que personas que tan solo dos meses atrás eran unas desconocidas me llamaran ayer para decirme que me querían, es una suerte.

Tener una casa cuando me voy de algún sitio y no tener que dormir en el coche, es una suerte. Tener un hogar también es una suerte (pagarlo, no tanto).

Disfrutar de mi hermana y heredar todos sus libros fue una suerte.

No creo en demasiadas cosas. Pero sí creo que soy afortunada en muchos aspectos. Tengo salud. Tengo amistades. Tengo hijos. Tengo trabajo. Tengo casa.

No es justo que me sienta triste porque una persona ha abandonado mi vida voluntariamente.

Todo lo que tengo compensa con creces la soledad de la que me estoy haciendo amiga. ¡Empiezo a verle virtudes!

Si te despiertas de noche, no molestas a nadie. Si quieres ver una peli, no molestas a nadie. Si quieres leer hasta las tantas, no molestas a nadie. Si en lugar de comer te pones a escribir, no molestas a nadie.

Definitivamente, creo que soy muy muy afortunada. Lo quería compartir con vosotros. No somos simples piedras, y eso es una suerte.

Aquella edad

Lleva la goma del pantalón del pijama anudada con un lazo.

—Es para ajustarla si me molesta, sin tener que descoserla.

No le gusta la ducha, prefiere asearse en la pica de la cocina.

—Me enseñaron así, ¿para qué voy a tirar tanta agua por el desagüe?

Tiene la nevera llena de restos de caldos que fabrica por la mañana y con todos se apaña algo de cena.

—La comida no se tira. Bueno, si está mala sí. Si no, no.

Dice que los mejores años de su vida fueron cuando cumplió los cincuenta porque se le fue «el mes». Vivió siempre con una endometriosis de caballo que nunca le dijeron que tenía.

—Por fin me encontraba bien y me iba a bailar cada semana. Fui muy feliz bailando.

Acostada en la cama por la tarde, sus pies siguen los pasos de la música que suena en el viejo transistor que hay en su mesita.

—Hace años que no veo la tele, sólo hablan tristezas, pero la música sí que me gusta.

Tiene los armarios repletos de la ropa que se ha cosido desde siempre sacando los patrones de las revistas y aprovechando cualquier trozo de tela.

—Lo veía en una revista y me lo hacía. Siempre iba a la moda.

Por la noche se deja unas galletas en el mueble de la entrada por si le da hambre, para no tener que ir hasta la cocina.

—Así me ahorro un viaje porque a veces ando medio dormida y no quiero caerme.

Se atusa el cabello, escaso y blanco, con la coquetería de quien acaba de llegar del sagrado momento de la peluquería.

—*Ahora no puedo ir, pero una vez a la semana he ido siempre a hacerme las «ondas».*

Le dan ataques de risa cuando confundo alguna canción y me quiere enseñar a bailar. Dice que me busque una pareja, pero sólo de baile.

—*Si se sabe comportar bailando se sabrá comportar en casa, pero mejor tenerlo sólo para bailar, menos problemas.*

Vive en la casa que fue de sus padres, y antes de sus abuelos. Donde quiere morir. Dice que necesita estar aquí, como lo estuvieron ellos antes y que le da mucha tranquilidad. Me asombra la sencillez y la contundencia de sus afirmaciones. Puede ser tu abuela, tu vecina, tu madre. Es «de aquella edad», indefinida.

En la habitación de la máquina de coser no cabe ni un alfiler. Guarda en cajas de madera las colchas de *patchwork*, los muñecos de tela, los pesebres hechos con cajitas de cartón, los sombreros, las manteletas de lana, las madejas de hilos, los *papanoeles* de tela para mil familias de mil nietos, los viejos caminos de mesa de ganchillo, las cortinas trenzadas de macramé. Todo lo que sus manos han fabricado en una vida languidece en esta habitación a la espera de su destino.

Mientras, en la otra habitación, también languidece su voz cuando canta flojito ... «*ay ay ay ay, canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones*». Y entonces, canto con ella para devolverle un poco de la ternura infinita que me transmite. Son 86 años los que me regala cada día y a veces creo que tiene más memoria que yo misma.

Se puede llamar María o Carmen, o como quieras.

Ella iba con mi padre a recoger uvas en el carro de mi abuelo, cuando eran pequeños.

Años después, las dos bailamos escuchando viejas canciones en la radio.

Mientras tanto, afuera, oscurece.

Su mundo

Construyó su mundo
en una tierra yerma de preocupaciones.

Se procuró un mar de tranquilidad
y un cielo de sueños y vivencias.
Bosques llenos de árboles y pájaros y riachuelos
donde mojar los pies.
Caminos sin estrenar,
a punto para ser recorridos
y descubiertos a cada paso.

Un mundo sin enfermedades, ni angustias, ni olvidos,
ni preguntas, ni respuestas, ni porqués.

Y cuando lo tuvo, se internó en él.
Poco a poco, dispuesta a vivir.

Diver gente

Hoy he despertado con la palabra divergente en la cabeza. Una palabra que no significa gente divertida, aunque molaría.

Se conoce como divergente al hecho de que dos o más líneas o superficies se aparten de forma gradual. La expresión divergente es de origen latín: "divergens" o "divergentis" que expresa "separación" o "diferencia".

No me considero experta en nada, quizá sólo en mi hijo, si eso es posible. Intento aprender de los errores y, cada vez más, restar importancia a las cosas. Lo que en el pasado podía significar un gran desengaño, horas sin dormir y un montón de lágrimas, hoy es un *bueno, no pasa nada, no es tan grave*. Quiero pensar que es por la edad, que te va enseñando. «Aprendizaje vital», que lo llaman.

Así pues, no llevo nada al terreno personal y conduzco por la vida lo mejor posible, sin llevarme por delante a nadie. Pero tampoco me quedo a flagelarme donde no estoy cómoda ni pongo la otra mejilla.

Aprender a decir *esto no me gusta* me ha costado años, y es algo que valoro saber hacer, porque implica que soy capaz de seguir adelante. Es verdad que, a veces, hay quien no comparte tu punto de vista. Y ni siquiera eso me parece grave ni malo. Debemos seguir nuestro camino, aunque sea divergente del de los demás.

Y no pasa absolutamente nada.

La vida también es eso. Y es bonita así. Con sus caminos comunes y sus caminos divergentes.

Cuando estás bien

Cuando aprendes a ignorar palabras
que antes te hacían daño,
cuando aprendes a asumir situaciones
que antes te desbordaban,
cuando aprendes a disfrutar de momentos
que antes no disfrutabas,
cuando aprendes a sentir emociones
que antes no te permitías,
cuando aprendes a aceptar cosas
que antes creías que no merecías...

Cuando pasa todo esto,
te das cuenta de que estás tranquila,
feliz y en calma.

Y no necesitas nada más,
y sonríes cada día con pequeñas cosas,
y respiras y compartes y ríes...

Y sigues.

Siempre hacia adelante.

Con la calma

Al igual que caen las hojas de los árboles durante el otoño, pienso en los años vividos, en la gente que quiero y que me quiere, en los que ya no están, pero que permanecen presentes dentro del alma. Y sonrío.

Con la calma.

Igual que el silencio tranquilo que impera en casa, retomo el contacto con alguien que vive lejos, conversaciones de sobremesa que nos aproximan, que nos recuerdan que la amistad no entiende de distancias. Y lo agradezco.

Con la calma.

Igual que caminan los abuelos con bastón, que no tienen prisa por llegar a ningún sitio, que avanzan poco a poco, pero con paso firme, escucho al amigo enfermo que tiene que empezar el tratamiento, lo escucho, lo acompaño, hago míos sus silencios. Y lloro.

Con la calma.

Igual que me mira el gato cuando al atardecer, por fin, salta sobre mí ronroneando, escucho las historias de amor de los ancianos, de aquellos que se siguen haciendo bromas después de toda una vida juntos y todavía se besan al despertar, y se miran con esos ojos de enamorados que ni el tiempo ni la edad ha podido borrar. Y me emociono.

Con la calma.

Igual que las manecillas del reloj del *pagès* hacen su trabajo, consuelo a la viuda del compañero de vida, ayudo a los enfermos que ven cómo la vida se diluye, que ya les pasa factura, que no existe un botón de marcha atrás que poder oprimir, que a veces no podemos hacer otra cosa que acompañar durante el último viaje. Y lloro.

Con la calma.

Vivo todo esto, pensando, con la calma, que soy quien quiero ser, que estoy donde quiero estar, y que la vida, a veces, te regala la calma necesaria para disfrutarla.

Y vuelvo a sonreír por ello.

2022

Me gusta la palabra simplicidad. Me gusta pensar que es mi palabra del año. Veamos...

No hago listas de libros leídos, ni tengo propósitos para el año nuevo, pero disfruto con cada lectura que me gusta y continuo evadiéndome entre letras, leídas o escritas, aunque éstas últimas apenas las comparto.

No compro en grandes plataformas, ni leo en digital. No hago planes de futuro, pero me alegra dormir tranquila, sin pesadillas ni insomnio.

No me preocupa el «¿qué dirán?», me preocupa más seguir siendo coherente conmigo misma, que creo que es mi mayor tarea personal.

Me ilusiono con pequeñas cosas y a menudo la vida me sorprende con algo nuevo. Claro que, a veces, también me gusta soñar despierta.

Valoro una buena amistad más que un buen vino y una charla con risas y complicidad me da la vida.

Dejé de darle vueltas al pasado, lo asumí con mis errores y mis aciertos y cerré esa puerta para ponerme a salvo de la tristeza, que ya viví mucho con ella... hasta que encontró otro sitio y se largó.

Ya no me torturo con autoexigencias ni me juzgo duramente, he aprendido a quererme como quiero a los demás.

No me preocupa el nuevo año, pienso disfrutar lo bueno y superar lo malo. Al fin y al cabo, eso es la vida. Y la mía quiero vivirla así, de cara y *pa'lante*.

Cada vez necesito menos para ser feliz, y aunque me gustaría tener un compañero de viaje, tampoco es algo que me preocupe en exceso. Es cierto que dejé de correr detrás de nadie porque, en todo caso, debería ser una carrera conjunta, si no es así, ¿de qué sirve?

Por fin entendí las normas y las rompí.
Sí, ha sido un buen año.

Un vistazo atrás

De los veinte a los treinta y cinco fue esposa y madre. Vivió el primer amor y la maternidad.

De los treinta y cinco a los cuarenta y cinco fue una divorciada que dejó salir a la joven descerebrada que nunca había sido. Hizo cosas impensables y disfrutó como nunca. También vivió un segundo amor y un abandono. Hasta ahora no se da cuenta de que ella misma permitió que esto la destrozara. No se quiso nada a sí misma mientras lo daba todo por otro. La cagó, pero bien.

De los cuarenta y cinco a los cuarenta y nueve fue una sombra y se convirtió en la peor versión de sí misma. Se refugió donde no debía con la excusa de olvidar o de no pensar.

A los cincuenta se liberó de lo que la mantenía encadenada en lo más profundo del pozo, y renació.

No sabe qué le deparará la vida, pero siente la necesidad de disculparse por todo lo que hizo cuando no era ella quien regía sus actos. Piensa que, si es capaz de verse a sí misma desde otra perspectiva, podrá aceptar los errores y perdonarse. Solo cuando te perdonas puedes pedir perdón con sinceridad.

Cuando repasa todas las tonterías que ha hecho y los errores cometidos, siente vergüenza al recordar cómo se ha comportado.

Solo puede disculparse, con el corazón en la mano, ahora que está segura y ya no se avergüenza de sí misma.

Por fin se quiere.

Nunca

Nunca te atrevas a juzgar mi estado de ánimo.

Porque jamás podrás saber
si detrás de mi sonrisa,
detrás de las bromas,
detrás del humor,
se esconde un corazón herido,
o una lucha incansable,
o un dolor inasumible.

Nunca.

Nunca te atrevas a decirme cómo debo comportarme.

Porque detrás de mis actos
habrá siempre un motivo,
unas causas, unos límites que seguramente
desconoces y que no te puedes ni imaginar.

Nunca.

Nunca te atrevas a creerte con derecho a decidir sobre mí.

Porqué quizá nunca podrás entender mis decisiones
mientras no estés viviendo lo que vivo yo.

Un amor redondo

Hace sesenta y tres años que están juntos cuando ella se encuentra un bulto en el pecho. Primero no dice nada, y durante unos días la encuentro rara, triste. Pero no sé el motivo. Ahora entiendo que aquellos días sopesaba la repercusión que tendría la noticia cuando la comunicara.

Médicos, pruebas. ¿Tal vez enfermedad?

Y la Roser de cal Rodó de Bagà, se lo piensa un poco antes de decir nada. Porque es una mujer inteligente y sabe que cuando abra la boca todos correremos para estar con ella. Y quiere estar segura de lo que desea antes de hablar. Porque es tozuda. Y porque le cuesta pedir ayuda. No quiere preocupar a nadie. Ella es así. Y está bien ser como se es. Y está muy bien saber cómo eres.

Sesenta y tres años como esposa de Jaume. Ella, peluquera de toda la vida. Jaume, el barbero de Balsareny al que todo el mundo conoce como *el Morgan*. Tienen tres hijos, nietos y biznietos.

Ahora ella lo cuida a él. Se cuidan el uno al otro como imagino que han hecho toda la vida.

Ya hacía un par de años que pasaba por su casa, los siete días de la semana, cuando por fin Roser me pidió que la ayudara a tumbar a Jaume en la cama por las noches. Y cuando cada día ves a unas personas, hablas con ellas y te llevas bien, las acabas queriendo. Mucho. Por eso a veces digo que los he adoptado.

Su calidez compensa mi orfandad y me siento una más de la familia. Sé que para ellos lo soy. Por eso cuando Roser me explicó lo del pecho, ya se lo había dicho a sus hijos. Ella decidió cuándo lo tenía que hacer. Ni antes ni después.

Son mi matrimonio preferido. No porque sean perfectos —que eso no existe—, sino porque no había visto nunca ninguna pareja que cada día, al despertar, se sonriera e hiciera bromas. Al menos,

no después de tantos años. Un día, tal vez. De tanto en cuando. Por fiestas. Pero, ¿cada día? Eso me tenía entretenida. Tenía ganas de visitarlos para charlar y reír de buena mañana. Después he visto a otras parejas así, es cierto. Pero ellos fueron los primeros. Incluso los papas, a los que tanto añoro, no se hacían esas bromas, ni reían así. Quien más quien menos, tiene sus cosas y a veces se siente amor, pero no se nota. O no se demuestra. O no se ve. No lo sé.

Por tanto, recién cenados, llego yo y charlamos un rato. Las conversaciones que tenemos pueden ir de lo más surrealista a lo más profundo. Verdaderamente creo que hablamos de todo. Podemos reírnos de las cacas que hacemos o hablar de lo que nos pasará cuando muramos. Hablamos de la vida y de la muerte igual que comentamos libros o nos decimos qué haremos mañana para comer.

Por eso, cuando Roser me explica lo del bulto, lloramos y acabamos riendo. Porque somos así. No somos mujeres que nos centremos en lo malo. Lo vivimos y seguimos adelante.

Roser ya ha decidido que, depende de lo que le digan, no quiere hacer nada. Quiere esperar su hora. Lo único que le preocupa es irse antes que Jaume. Él la escucha y le dice: *No, no, no puedes marcharte antes que yo, que me quedaré solo*. Yo le digo que nunca estará solo, pero que sesenta y tres años no los puedo convalidar por mucho que quiera. ¡Y ya volvemos a reír mientras lloramos!

Siempre que hablamos de la muerte, se lo digo, que tal vez me muera yo antes que ellos. A veces parece que hagamos apuestas, a ver a quién le tocará. Nunca me dejan ganar, claro. Y nos recordamos, los tres, que no se puede elegir. Que solo podemos aceptar lo que venga, aunque sea algo tan doloroso como una muerte.

En su mundo ideal querrían marchar juntos. Pero saben que las cosas no funcionan así.

Intento animar a Roser. Le digo que tal vez no sea nada, que estos médicos del diablo solo saben que enredar, que a ver ahora a santo de qué le tienen que encontrar nada, que ya no tiene edad

para tener nada, que no acapare, que deje algo para los demás, y ríe. El sentido del humor nos acompaña en cada conversación.

A veces se nos pasa el rato, ella en el sofá, él en la butaca y yo sentada en el suelo, como los indios, porque les he quitado las medias que llevan para la circulación y ya me he quedado en el suelo charlando. Les explico mis historias. Mis tonterías del día a día. Ríen. Reímos. Cada día. CADA DÍA.

Roser de Cal Rodó de Bagà, sabe que es posible que a ella le toque primero. Y dice que no quiere tratamientos invasivos, y que quiere que la quemen. Y te lo dice bien claro. También llora cuando piensa que nunca más volverá a ver a los nietos a los que adora y que le dan la vida, porque los tienen a diario allí, de visita. Si no son unos, son los otros. Siempre se lo digo: *Pocos nietos conozco que visiten tanto a los abuelos, algo habréis hecho bien, ¿no?* Y se miran y sonríen. Y lo de no verlos cuando se muera, también se lo rebato: *¿Y si resulta que entonces nos verás a todos y acabas harta de nosotros?* Y volvemos a reír mientras decimos bobadas e imaginamos tonterías.

Creo que nos entendemos porque conocen el lenguaje de las miradas, que es el que utilizamos Marc y yo. Y es exactamente lo que veo en ellos cuando se miran. Su amor es redondo^[6]. Trabajado con el tiempo, sí. Pero también cultivado con la medida justa de comprensión y aprecio. Con ellos he aprendido que el amor es generoso, constante, un poco sacrificado en según qué periodo de tiempo, pero que, si es correspondido en medida e intensidad, es lo mejor que te puede pasar en la vida.

Con ellos recupero la fe de que algún día tenga la suerte de formar parte de una pareja como la suya. Tal vez algún día la encuentre, ¿quién sabe?

Igual que ellos se encontraron.

Hace sesenta y tres años.

El ciervo

En la curva de la carretera de Avinyó vive un ciervo. El primer día me miró con esos ojazos y se marchó, bosque adentro. No le presté atención. Un ciervo más. Últimamente se ven bastantes corriendo, atravesando algún prado en busca de la invisibilidad del bosque. Pero cuando el segundo día lo volví a encontrar en el mismo sitio, supe que vivía allí. Ese día aminoré la marcha para detenerme y nuestras miradas se encontraron.

Es una mirada profunda, la suya. Y tiene un cuerpo esbelto y bonito. Me gusta este animal huidizo con las personas. Juraría que me vi reflejada en sus ojos.

Regresé al día siguiente con la esperanza de encontrarlo allí como las dos veces anteriores. Pero no estaba. Y, a pesar de todo, sé con certeza que vive allí. Lo presiento. No sabría decir por qué, pero lo sé.

Muchos días fui expresamente a la curva. Quería... no, necesitaba volver a verlo, que nuestras miradas se cruzaran y retener la calma que me daba. Verme reflejada en sus ojos fue un momento mágico que me hizo dar cuenta de lo poca cosa que somos, y cómo es de absurda la vida y muchas de las preocupaciones que tenemos.

Si por un instante ves tu reflejo en los ojos de un animal como él, percibirás que existes, que estás, que sientes y que vives.

Fracasé en todos los intentos para volver a verlo cuando iba expresamente, y poco a poco fui olvidándolo.

Hasta esta tarde.

Conducía, pensando en otras cosas y, de repente, ahí estaba. Quieto. Observándome. Y entonces lo he entendido. Tal vez no lo veía, pero estaba. De nada servía buscarlo, porque siempre había estado allí, más presente o más oculto.

Como la felicidad. No hace falta buscarla. En realidad, siempre está. Y no importa si la buscas o no. Aparecerá un día u otro.

Como mi reflejo en los ojos del ciervo.

El río

A diario paso por el puentecito que me lleva a *pagès*^[7].

El puente es bajo, con tres ojos que apenas se ven.

Cuando llueve mucho, se podría decir que el agua le llega al cuello.

Es un sitio que me gusta. Transmite paz.

Mucha gente acude para hacer yoga o para relajarse por sus alrededores, como hago yo.

Desde la última tormenta, un montón de troncos estaban atascados en el puente, y hoy, al llegar, he tenido que esperar un poco.

Un señor con una máquina quita los troncos uno a uno.

Dos ciclistas esperan.

Una señora, en posición de loto, medita.

El *pagès*, apoyado en la azada, observa la escena y nos sonreímos.

Como siempre, el río lleva de todo, pero casi nada se queda.

Excepto el propio río.

Él siempre está aquí.

Y seguirá estando cuando nosotros y nuestras insignificantes preocupaciones hayamos desaparecido.

Y, de nuevo, empieza a llover.

Y, por fin, la claridad

Dejarlo.

Abandonar todo aquello que has utilizado
para no pensar.

Romper con el drama constante
de buscar cualquier cosa para beber, y así, olvidar.

Dejarlo.

Recuperar tu yo sobrio,
tomar las riendas de la vida otra vez.

Atreverte a afrontarla de nuevo,
en lugar de buscar
la evasión constante del pensamiento.

Volver a ser quien eras antes de verte [\[8\]](#) derrotado ante la
botella.

Y hacerlo.

Buscar en tu interior
la fuerza necesaria para seguir adelante
sin anestésicos.

Y hacerlo.

Consciente de todo.

Voluntariamente.

Y sentirte libre
de cadenas autoimpuestas,

de una autodestrucción que solo trae
oscuridad,
culpa y remordimientos.

Y hacerlo.

Y darte cuenta de que la vida es mejor sin la necesidad
de afrontarla con un vidrio delante.

Y sentir.

Que recuperas el control,
que los pensamientos ya no te atacan,
que la ternura se abre paso en tu mente,
y, por fin, ver claro
y volver a quererte.

Billete de ida

Iniciamos esta aventura sin saber nada, con la incertidumbre como compañera de viaje.

Con el paso del tiempo nos dimos cuenta de que solo teníamos un billete de ida, y teníamos que disfrutar de cada etapa. De la más sencilla a la más complicada. Atesorábamos cada momento como si fuera único. En realidad, así era.

A pesar de la dureza de los golpes, siempre mirábamos hacia adelante, y lo seguimos haciendo.

Porque la vida, a veces, nos da oportunidades. Y no... no hay billete de vuelta.

Silencio

Silencio,
tan solo roto por el canto
de algún pájaro despistado que,
al anochecer,
remolonea.

Agradecimientos

Cuando me avisaron de que unos análisis rutinarios habían salido mal —muy mal—, mi yo más melodramático pensó que me moría. Y no me resultaba raro ni extraño, al contrario. Me parecía un colofón perfectamente enmarcado dentro de las ironías de la vida que me son bastante conocidas. Cuando me encuentro mejor que nunca suena lógico que la vida se empeñe en sorprenderme de nuevo, a lo grande, sin milongas.

Entonces pensé en este proyecto y todos mis temores por exponerme demasiado se disiparon. Total, si estaba muerta no me enteraría. Y ya se sabe que, a los muertos, poco daño puede hacerseles. Así que escribí una carta dejando en manos de Julio y Contxi todo este recopilatorio de escritos.

El entusiasmo de Contxi y Julio crearon este loco proyecto. Creyeron en mí, más que yo misma. Me animaron, y si este libro, rarito como yo, ve la luz, es gracias a ellos. Nunca me cansaré de agradecerles el inmenso trabajo que han hecho. Su inteligencia, su bondad para conmigo, su amistad, sus risas, sus comentarios, su ayuda en todo. Porque pensé de verdad que estaría muerta y que ellos se encargarían de todo mientras me lloraban.

Al final resultó que no. Que no me moría. Que era un error de laboratorio. Así que, como siempre, es inútil planear algo: no queda más remedio que seguir adelante y que sea lo que tenga que ser. Eso sí, que el humor nos salve cada día de la mediocridad que acecha.

A lo largo de mi vida me ha ayudado muchísima gente. Si de algo estoy orgullosa es de estar rodeada de buenas personas, y ese es el único y mejor título que una puede tener en esta vida.

Empezando por mis padres y mi hermana, que me vigilan de cerca desde donde quiera que estén, mis hijos, pilares

fundamentales, mi otra hermana, amor incondicional, y mis amigas.

Todos ellos son mi red de protección, mi colchón anticaída, mis pies en la tierra, mis abrazos necesarios, mis risas continuas, mi fe en las personas renovada a base de amor y cariño, mis alas en épocas de aterrizajes forzosos, mis motores de reserva durante los colapsos. No me puedo quejar.

Y con todo esto, sólo queda un camino.

Seguir, siempre, adelante.

Este es el epílogo que jamás hubiéramos querido escribir

10 de diciembre de 2023

«Un cabo que nos ate,
que nos mantenga
unidos a tierra firme
cuando nos azote
la temida tormenta.
Porque, cuando no la esperes,
llegará».

En las postrimerías de 2023, Marc fue ingresado. Una vez más, Montse se echó la vida a la espalda y se dispuso a combatir a la tormenta.

18 de diciembre de 2023 y 24 de diciembre de 2023

«Dicen que el estómago es un segundo cerebro. Si no funciona, toda la maquinaria se tambalea. Si, además, añadimos el virus del COVID y se ve afectado el sistema respiratorio, el aparato se somete a muchísima presión.

Cuando te avisan de la posibilidad de colapso y te hablan de sedación para evitar el sufrimiento sabes que esa maquinaria puede pararse en cualquier momento y, consciente o inconscientemente, te preparas para lo peor.

Coges aire y miras amanecer a través de la ventana, asombrándote de que la vida siga, aunque tú la veas inmóvil, parada junto a una cama de hospital.

De pronto se produce lo inesperado y vuelve a saturar bien. Nos centramos de nuevo en el segundo cerebro, intentamos olvidar que

el sábado llegamos a pensar que no volvería a amanecer. Después de ocho días, Marc me ha sonreído por primera vez y ahora sí, ahora parece que asoma el sol a lo lejos... amanece una vez más».

«La vida tiene formas muy irónicas de recordarnos lo importante.

Marc sigue grave y aunque, contra todo pronóstico, superó un COVID que nadie creía que superaría, sigue luchando por recuperarse.

Después de dos semanas, ayer por fin consiguieron ponerle una sonda para intentar alimentarlo como último intento para que se recupere. Ha perdido tanto peso que apenas es una sombra de lo que era.

Reconozco que a veces me rindo. Me puede el esfuerzo y el cansancio, pero no queda otra que seguir a su lado sea lo que sea que nos espere.

Sé que es un luchador nato, aunque esta vez es su cuerpo el que no responde, y contra eso es muy difícil ganar la batalla, pero lo estamos intentando.

Sé que estoy haciendo todo lo posible, con la impotencia que supone no poder hacer nada más que estar ahí, dándole mi mano.

No sé cómo terminará todo esto, pero estar a su lado es, ahora mismo, lo más importante para mí.

Nada más me importa ni me interesa.

No sé en qué día vivo porque aquí todos los días son iguales y apenas puedo pensar en nada.

Agradezco con todas mis fuerzas a todo el personal sanitario que nos está tratando con dulzura, a todas las personas que os interesáis por Marc, aunque no os pueda contestar. A todos los que nos estáis animando, mil gracias.

Os deseo lo mejor, siempre.

No solo por Navidad.

Cada puto día que vivimos con salud es un regalo.

No lo desperdiciemos, porque sin eso no nos queda nada.

Gracias por todo.

Seguimos luchando».

Marc y Montse, mano a mano, luchando como siempre, enfrentándose al final como nunca.

30 de diciembre de 2023

«Amaneció nublado el día antes de Navidad y el hospital le pareció un páramo perdido en medio de la nada. El silencio en los pasillos y los ascensores vacíos mostraban las vergüenzas del edificio, que se veía desnudo sin gente correteando de un lado a otro.

Allí le pareció que el tiempo se ampliaba eternamente, dejando un espacio inmenso donde los pensamientos eran libres de ir y venir, de quedarse, de esfumarse. De repetirse hasta la saciedad. Y pensó que quizá en ese espacio indefinido estuviera su verdadero hábitat, sin limitación alguna para reproducirse como si de animales se trataran.

La lenta agonía detenía el tiempo en cada esquina de aquellas blancas paredes de pladur que delimitaban la habitación de hospital. Las horas y los minutos planeaban silenciosos sobre la cama esperando el momento de ponerse en marcha.

Cobijada en la oscuridad recorrió el edificio buscando la sonrisa perdida en cada rincón con la ridícula idea de devolverle la vida con ella, mientras los pensamientos, viajando libres, le susurraban al oído que su búsqueda era inútil. Se apagó. Y con él desapareció la sonrisa. Ella lo supo desde siempre y, aun así, su ausencia la sacudió con fuerza.

El llanto dio paso a un dolor silencioso que, sin embargo, se volvía atronador con cada inspiración, dejando muda cualquier voz cercana.

Las lágrimas se le congelaron y creyó convertirse en témpano, suspendido en el aire de la nada, esperando quebrarse a la mínima brisa al tiempo que el alma se le deshacía hasta desaparecer.

Con la muerte del chico, llegó el frío”.

El 30 de diciembre de 2023, Marc falleció.

31 de diciembre de 2023 y 1 de enero de 2024

«Somos, en gran medida, el reflejo de la intersección y al mismo tiempo, somos mucho más que la suma de sus partes. Nos construimos más allá del *yo* en los grupos a los que pertenecemos. Más tarde decidiremos si formamos, o no, equipo en esos espacios.

Fue en esa intersección, en la librería que se encuentra en el cruce de la *Avenida de las Mujeres* con la *Calle de las Personas que tenemos Discapacidad*, donde un día te vi aparecer, Mont. Marc cogía tu mano y tú velabas, como siempre has hecho, por su sonrisa.

Tu presencia en mi vida la ha mejorado considerablemente. Tu mirada, *sempre endavant*, ha ampliado los confines de la mía. Tu fuerza ha sido ejemplo; tu tinta, inspiradora.

Ayer, hoy y mañana, agradeceré a la vida que te haya puesto en mi camino. Y, siempre que lo necesites, tendrás mi mano, mi hombro, mi todo, para acompañarte.

Eres mi familia, Mont. Te acompaño en tu dolor y en tu sonrisa. Y llevaré siempre a Marc en mi corazón.

Que la tierra le sea leve.

Que el viento nos sea favorable.

Te quiero»

Contxi Lázaro Carrascosa

«Estaba seguro de que tarde o temprano conocería a Marc en persona. Por desgracia, ya no podrá ser, pero a estas alturas nadie conseguirá quitarme la sensación de que lo conocí muy bien. He leído y releído los textos de su madre y sabido de sus malos y buenos momentos gracias a esa precisión y sencillez que Montse emplea a la hora de narrar y que tanto admiro. Y la primera palabra que me viene a la cabeza cuando pienso en Marc es *FUERZA*, así,

con mayúsculas. Una fuerza impresionante que acabó impregnando a aquella que orbitaba en torno a él.

Marc —y Montse, por extensión—, no han tenido una vida fácil, pero sus evidentes ganas de vivir empujaron a su madre a seguir luchando. Y por muy grave que fuera la enésima crisis, siempre la superaba. Siempre con Montse de la mano entraban juntos al hospital, y juntos salían.

Pero no es menos cierto que también se requiere fuerza para saber marchar. Una vez más, Marc nos ha vuelto a dar una lección. Y Montse ha sabido estar a la altura llevando a cabo el acto de amor más grande que se pueda imaginar. Porque es *FUERTE*. Porque todo lo que Marc le ha enseñado, ya no se lo podrán arrebatar.

Tranquilidad, quizá sea la palabra que Montse repita más en sus textos. Es algo que me llamó la atención en su día y de lo que ya me he acostumbrado. Y estoy seguro de que esa tranquilidad tan anhelada —tal vez no hoy ni mañana, pero más pronto que tarde—, llegará. Porque no consigo imaginar algo tan sublime como saber que tu hijo, por fin, se siente en paz.

Felicidades, Montse, por traer al mundo a un auténtico carácter».

Jota Perrico

Fueron innumerables las muestras de cariño que Montse recibió. Tantas, que podríamos escribir otro libro solo con ellas. Sirvan estas dos para expresar nuestro amor por Montse y por Marc, nuestro cariño y respeto, nuestra admiración.

29 de enero de 2023

«Ando por un limbo de emociones cambiantes. Como las montañas rusas de los parques de atracciones: ahora bien, ahora mal, vuelta al bien, *looping*, llorar, no llorar, respirar y vuelta a empezar.

Quiero y no puedo. Y eso me jode mucho. Quiero leer y no me entero de lo que leo. Quiero salir y me paralizó. Quiero hacer mi vida y siento miedo, porque no recuerdo cómo era esa vida *antes de él*.

Escribo. Escribo mucho. Y hablo por teléfono con las personas que me quieren. Pero poco más.

Lo intento. Juro que lo intento. Pero ni soy tan fuerte ni tan valiente ni nada...

Me digo que necesito mi tiempo: y ahí voy, dándomelo en grandes dosis para lograr superar todo esto.

Aunque es tal el vacío, que ahora mismo solo recuerdo que he estado 23 años pendiente de alguien, y reconozco que me está costando.

Pero soy optimista. Volveré a ser quien era cuando pueda asomarme al limbo y ya no me quede paralizada.

Ese momento llegará».

«Sempre endavant», Montse.





Oliendo el silencio.
Escuchando al cielo.
Observando la vida.
Vuelve la calma.
Y seguimos adelante.
Siempre.

[2] Juego de palabras intraducible. En catalán "feo" es "lleig".

[3] El Plà del Bages es una zona llana, sin relieves. Es un juego de palabras pues «Plà», en castellano, significa «plano» o «llano».

[4] Fiesta típica de la localidad de Balsareny. Los arrieros (traginers) fueron los encargados de transportar las mercancías sobre animales de carga, de pueblo a pueblo. Durante la fiesta se organiza una gran cabalgata en la cual participan más de doscientas cabalgaduras.

[5] Colonia textil ubicada en el municipio de Balsareny (Bages)

[6] Juego de palabras intraducible. La autora hace referencia a la población de la que es oriunda Roser (Cal Rodó de Bagà)

[7] «Ir a pagès», se refiere a las casas que están diseminadas por el campo, fuera del término municipal.

[8] La autora realiza, en el texto original en catalán un juego intraducible de contrastes entre la polisemia de las palabras "veure" (verte) y "beure" (beber)